



- *Título: Hadas de Irlanda*
- *Autor de portada: Arthur Rackhman*
- *Recopiladora parte primera, leyendas irlandesas de hadas: Lady Wilde*
- *Selección y traducción parte primera: Xabier Susperregi*
- *Autor de la parte segunda, cuentos de las hadas irlandesas: Xabier Susperregi*

Edita: Biblioteca de las Grandes Naciones
bibliotecadelasgrandesnaciones.blogspot.com/
Libro 9º

Oiartzun, enero de 2013

HADAS DE IRLANDA



Recopiladora de las leyendas: Lady Wilde

Traducción y selección leyendas: Xabier Susperregi

Autor de los cuentos: Xabier Susperregi

Ilustrador de la portada: Arthur Rackhman

PRESENTACIÓN

Parece que las sorpresas debieran terminar al concluir el libro, pero como en este caso, pues resulta no ser así. Si recientemente tuvimos ocasión de acercarnos al mundo de las hadas escocesas, en el primer libro dedicado a cuentos de Escocia, pues ahora tenemos un primer acercamiento al universo también de las hadas irlandesas y para quien conozca el arraigo de las creencias sobre brujas en el País Vasco bien pudieran tener una repercusión similar en el entorno rural en siglos pretéritos.

Las historias que publica Lady Wilde en 1887, *Ancient Legends, Mystic Charms, and Superstitions of Ireland*, a tener en cuenta la fecha cuando se lea, son en muchos casos historias que se tuvieron por reales y que pueden tener su interpretación. En el trasfondo de los cuentos y leyendas irlandesas, muchas veces está el premio a la buena conducta y también el castigo a la mala. A destacar la reacción de las hadas a los malos tratos a las mujeres; cuestión que tuvo que llenar de orgullo a Lady Wilde, por ser ella una de las grandes pioneras, defensora de los derechos de la mujer. También fue poetisa, activista nacionalista; el apellido Wilde le viene de su marido y uno de sus hijos, se llamaba Oscar, Oscar Wilde, esa ha sido otra de mis sorpresas, como la convicción de que algún día habrá otro volumen sobre las hadas irlandesas o eso espero. En cuanto a Lady Wilde, sí que resulta muy interesante conocer más sobre su vida y espero también tener ocasión de escribir más sobre ella.

También podemos mencionar la contraposición entre religión y los seres mágicos que queda patente en la forma de protegerse en ocasiones

de los posibles maleficios de las hadas. También, la creencia de que las hadas secuestraban niños y dejaban seres no humanos en su lugar, tema recurrente en las leyendas de Xana que recientemente hemos publicado. En el País Vasco ocurre lo mismo a comienzos del siglo XVII, según queda reflejado en los testimonios de supuestas brujas de Zugarramurdi, juzgadas con la bruja considerada la más malvada de la época, María de Zozaya, que residió durante muchos años en Errenteria. En esos testimonios queda reflejada esa circunstancia de que las brujas dejaban seres de su especie en el lugar de donde se llevaban personas al aquelarre.

En lo que respecta a los cuentos originales que incluyo en el libro, los escribí hace tiempo, inspirados en mis queridas hadas y mi estimada Irlanda, utilizando sus propios métodos para viajar hasta aquel país, cruzando el mar sin tocar el agua, en un instante y permanecer allí, a veces durante cierto tiempo, muchas de ellas de noche y también de luna llena como a ellas tanto parece gustar hacer sus fiestas, momentos en los que no resulta tan difícil escribir historias acerca de ellas. Afortunadamente, mi regreso de la colina de las hadas se realizaba en el mismo día, sin perder la percepción del tiempo, como ocurre a muchos que se han encontrado a las hadas celebrando sus danzas y que regresan a casa tras muchos años, pensando que lo hacen en el mismo día.

En un principio pensé en reescribirlas porque el paso del tiempo te hace también tener una nueva visión de las cosas y también mayor conocimiento pero finalmente he desistido, principalmente porque la motivación y frescura que se tiene cuando se viven las historias que es como se podría denominar el momento en que surgen en nuestra cabezota, tiene cierta pureza que se pierde al revisar y revisar los textos y en esta ocasión al menos, así lo he preferido.

Muy pronto, tendremos la oportunidad de leer nuevos títulos de nuestra Biblioteca de las Grandes Naciones. *Cuentos palestinos, Cuentos del País Vasco*, el segundo libro de *Relatos del País de los Saharauis...*

Ahora, disfruten de la lectura.

PARTE
PRIMERA

LEYENDAS
IRLANDEASAS DE HADAS

LA MÚSICA DE LAS HADAS

El mal influjo de la mirada de las hadas no mata, sino que provoca un trance semejante a la muerte, en la que lleva el cuerpo real a alguna mansión de las hadas, mientras que un tronco de madera o alguna criatura fea y deforme queda en su lugar vestida con la sombra de la forma robada.

Las mujeres jóvenes de notable belleza, los hombres jóvenes y los niños guapos, son las principales víctimas de la raza de las hadas. Las chicas son casadas con los jefes de las hadas y los jóvenes con las reinas de las hadas, y si los hijos mortales no salen bien, se envían de vuelta y otros son llevados en su lugar. A veces es posible traer de vuelta de las hadas a alguien que ha sufrido de sus hechizos, pero nunca son exactamente lo mismo después, sobre todo si han escuchado la música de las hadas.

La música de las hadas es suave, baja y quejumbrosa, con un encanto fatal para los oídos mortales.

Un día, un caballero entró en una cabaña en el Condado de Clare y vio a una joven de cerca de veinte años, sentada junto al fuego, cantando una canción melancólica, sin palabras ni música conocidas. Investigando lo ocurrido se le dijo que había oído una vez el arpa de las hadas, y los que lo escuchan pierden toda la memoria del amor y del odio, y olvidan las cosas y nunca más vuelven a tener otro sonido en sus oídos, salvo la suave música del arpa de las hadas. Y cuando se rompe el hechizo, mueren.

LA DANZA DE LAS HADAS

Una tarde, a finales de noviembre, que es en el mes en que los espíritus tienen más poder sobre todas las cosas; la chica más guapa de toda la isla iba al pozo de agua, su pié resbaló y cayó. Fue un presagio de mala suerte. Cuando ella se levantó y miró a su alrededor, le parecía como si estuviera en un lugar extraño y todo a su alrededor se cambió como por encanto. Pero a cierta distancia vio a una gran multitud reunida alrededor del fuego y se sintió lentamente atraída hacia ellos, hasta que por fin quedó de pie en medio de la gente, en silencio. Quedaron fijamente mirándola a ella y ella, de miedo, trató de darse la vuelta y marcharse, pero no pudo. Entonces, un hermoso joven, como un príncipe, con una falda roja y una cinta de oro en su largo cabello rubio, se acercó y la invitó a bailar.

- Es una tontería, señor, hacerme bailar cuando no hay música.

Entonces, alzó la mano e hizo una señal a la gente y al instante, la música más dulce, sonaba cerca de ella y alrededor de ella y el joven tomó su mano, y bailaron y bailaron hasta que la luna y las estrellas cayeron. Parecía como si uno flotara en el aire y se olvidó de todo el mundo, excepto de la danza, la dulce música y su hermosa pareja.

Por fin cesó el baile y su compañero le dio las gracias y la invitó a cenar con el grupo. Entonces vio una abertura en el suelo y un tramo de escalera y el joven, que parecía ser el rey entre todos ellos, la llevó hacia abajo, seguidos de todo el grupo. Al final de la escalera se encontraron en

un gran salón; todo brillante y hermoso de oro y plata. Y luces y la mesa estaba llena de ricos manjares y para beber, el vino se vertía en copas de oro. En ese momento, un hombre pasó junto a ella y le susurró:

- No coma alimentos y no beba vino o nunca regresará de nuevo a casa.

Así que devolvió la copa y se negó a beber. Por ello se enojaron y se levantó un gran ruido y un hombre terrible se puso de pie y dijo:

- ¡El que viene con nosotros, debe beber con nosotros!

Y él la agarró del brazo y le puso el vino en sus labios, de modo que casi muere del susto. Pero en ese momento, un hombre pelirrojo se acercó y la tomó de la mano y la llevó consigo.

- Usted está ahora segura -le dijo-. Toma esta hierba y mantenla en su mano hasta llegar a casa y nadie podrá hacerle daño.

Y le dio una rama de hiedra terrestre. La tomó y huyó a través de la oscura pradera. Pero en todo momento escuchaba los pasos tras de ella persiguiéndola. Por fin llegó a casa, atrancó la puerta y se fue a la cama, momento en el que se levantó un gran clamor de voces en el exterior mientras ella lloraba.

- El poder ha pasado a ti a través de la magia de la hierba, pero espera, cuando baile de nuevo con la música de la colina, permanecerá con nosotros para siempre y nada lo detendrá.

Sin embargo, mantuvo el poder mágico de forma segura y las hadas no le dieron más preocupaciones. Pero pasó mucho tiempo antes de que desapareciese de sus oídos el sonido de la música de las hadas que había bailado aquella noche de noviembre, en la colina con su amante de las hadas.

LA JUSTICIA DE LAS HADAS

Ser pelirrojo, aunque se considera muy mala suerte en la vida real, sin embargo, por lo general, actúa en el mundo de las hadas como el benevolente; salva, ayuda y rescata al infeliz mortal, quien es bastante impotente ante los hechizos de las hadas.

Había un hombre en la Isla de Shark que solía cruzar a Boffin para comprar tabaco, pero cuando el tiempo era demasiado peligroso para la embarcación, su mal humor era tan malo como el clima y solía golpear a su esposa, y arrojar todo cuanto estaba a su alrededor, de modo que nadie podía detenerle.

Un día, un hombre se acercó a él y le dijo:

- ¿Qué me darás si yo voy a Boffin y te traigo tabaco?
- ¡No te daré nada! -contestó-. Cualquiera que sea el camino que tomes a Boffin, yo también puedo tomarlo.
- Entonces ven conmigo a la orilla -dijo el primer hombre-, y yo te mostraré cómo cruzar, pero como sólo puede ir uno, deberás ir solo.

Y yendo hacia el mar, vieron una gran compañía de caballeros y damas galopando y riendo, con músicas.

- Sube ahora en un caballo y podrás hacerlo -dijo el primer hombre.

Así que el otro hizo lo que le dijo y al instante estaban todos al otro lado del mar y desembarcaron en Boffin.

Luego corrió a comprar tabaco y estaba de vuelta en un minuto e hizo lo que había hecho antes. Saltó sobre el caballo y como el resto, se adentraron en el mar, pero de repente se detuvieron a mitad de camino entre las dos islas, donde había una gran roca y en aquel punto, los caballos no eran capaces de continuar hacia delante. Entonces hubo gran inquietud entre ellos y convocaron una junta.

- ¡Hay un mortal entre nosotros! –dijeron-. ¡Vamos a ahogarlo!

Y llevaron al hombre a lo alto de la roca y lo echaron abajo, y cuando subió a la superficie otra vez, lo agarraron del pelo, y lloraba.

- ¡Ahógate, ahógate! Tenemos el poder sobre la vida y la muerte. Debemos ahogarlo.

Y ellos lo iban a echar por segunda vez cuando un hombre pelirrojo intercedió por él y lo llevó con mano fuerte y segura a la costa.

- Ahora –le dijo–, usted está a salvo, pero si alguna vez golpeas a tu pobre y buena mujer o arrojas los objetos de la casa para atormentarla, usted morirá en esta roca, tan seguro como su destino.

Y tras decir aquello, desapareció.

Así que desde aquel momento en adelante, fue tan manso como un ratón, porque tuvo miedo, y cada vez que iba por la roca en su embarcación, siempre se detenía un momento y decía una pequeña oración por su esposa con un: “Dios te bendiga”; y esto mantuvo alejado el mal y ambos vivieron juntos y felices para siempre, hasta que fueron viejecitos.

LA PRUEBA DEL FUEGO

Había un hombre en Mayo que estaba postrado en la cama durante meses y meses, aunque comía toda la comida que le llevaban, nunca se puso más fuerte y los domingos cuando iban a misa, lo encerraban y dejaban solo en el lugar con un montón de comida.

Bien cerca había un campo, y un domingo, regresando a casa de la misa antes de lo habitual, vieron una multitud de gente jugando a bolos en el campo, y el enfermo entre ellos, pero en ese momento se desvaneció, y cuando la familia llegó a su casa, estaba el hombre enfermo, profundamente dormido en su cama.

- ¡Levántate! –dijeron–, porque te hemos visto jugar a bolos con las hadas. No vas a comer y beber más a costa nuestra.

Pero él no estaba conforme y dijo que estaba demasiado enfermo para moverse.

Luego hicieron un gran fuego en césped y le dijeron:

- Levántate o te ponemos en el fuego para romper el hechizo de las hadas.

Lo cogieron para quemarlo. Entonces se asustó, y se levantó y salió por la puerta y le siguieron hasta que se detuvo en un campo donde los lanzadores estaban jugando. Se acostó en la hierba, pero cuando se acercaron a él, estaba muerto.

Otro hombre, yendo al trabajo una mañana temprano, vio a dos mujeres que iban a una casa y una de ellas dijo:

- Aquí hay un niño hermoso en esta casa, entra y entrégamelo y vamos a dejar un niño sin vida en su lugar.

La otra hizo lo que le dijo; entró por la ventana, cogió el niño y le dio el niño que estaba durmiendo y tras coger el niño muerto, lo puso en el interior de la cama.

Ahora, el hombre vio que se trataba de hadas trabajando y acercándose, hizo la señal de la cruz sobre el niño dormido, con lo cual, las dos mujeres chillaban como si hubieran sido golpeadas, y huyeron, dejando el niño obre la hierba. Entonces, el hombre lo tomó suavemente y colocándolo bajo la chaqueta, se fue a donde su esposa.

- Aquí -dijo-, cuida de este niño hasta que yo vuelva y quema hierba al lado de la cuna para mantener alejadas a las hadas.

Cuando pasó por la casa de nuevo, donde había visto a las dos mujeres, escuchó un llanto y gran lamentación, y entró preguntando qué era lo que les afligía.

- Mira -dijo la madre-; mi hijo está muerto en su cuna. Murió por la noche, sin nadie cerca.

Y ella lloró amargamente.

- Consuélate -dijo el hombre-; se trata de un niño *changeling*, tu niño está a salvo.

Y él le contó la historia.

- Ahora -dijo-; si no me creen, no tienen más que echar el niño muerto al fuego y vamos a ver qué es lo que ocurre.

Así que hicieron un buen fuego, y tomando al niño muerto en sus brazos, lo puso sobre la hierba caliente diciendo:

- Quema, quema, quema. Si es diablo se quemará, pero si es de Dios y los santos, está a salvo de cualquier daño.

Y el niño, tan pronto como sintió el fuego, salió de la chimenea, gritó y desapareció.

LA VENGANZA DE LAS HADAS

Las hadas tienen gran objeción a que el hombre construya sobre el *rath*, donde se reúnen por la noche.

Un granjero llamado Johnstone, que tenía un montón de dinero, compró un terreno y escogió un lugar verde muy hermoso para construir una casa, precisamente el lugar que más amaban las hadas.

Los vecinos le advirtieron de que se trataba de un *rath* de hadas, pero él se rió y como era del norte, le parecía que las cosas que le contaban eran tan simples como los viejos cuentos que se contaban.

Así que construyó la casa y la decoró hermosamente para vivir. Había gente que pensaba que el agricultor debía de haber encontrado una mina de oro en el *rath* de las hadas.

Pero las hadas estaban todo el tiempo tramando la forma en que podrían castigar al agricultor, por quitarles la tierra del baile y reducir el espino donde celebraban sus fiestas de luna llena.

Y un día, cuando ordeñaba las vacas, una viejecita con un manto azul se acercó a donde la señora del agricultor y le pidió una taza de leche.

– ¡Vete! –dijo la dueña de la casa–, usted no obtendrá leche de mí. No quiero que ningún vagabundo venga a mi morada.

Y ella dijo a los sirvientes que la echaran.

Un tiempo después, la mejor y más fina de las vacas enfermó y no daba leche, perdió sus cuernos, después sus dientes y al final, murió.

Hasta que un día, la señora Johnstone, estaba sentada hilando lino en la sala y la misma mujer del manto azul, de pronto se le presentó frente a ella.

- Su criada está horneando pasteles en la cocina, dame alguno para que pueda llevarlo conmigo.
- ¡Sal de aquí! –exclamó la esposa del agricultor enojada–, eres una miserable vieja malvada y has envenenado mi mejor vaca.

Ordenó a los sirvientes la llevaran a palos.

Ahora, los Johnstones tuvieron su primer hijo. Un chico hermoso, tan fuerte como un potro joven, y tan lleno de alegría. Pero poco después de esto, comenzó a crecer raro y extraño, y se perturbó su sueño. Dijo que las hadas llegaron en la noche y se colocaron a su alrededor y le pellizcaron. Algunos se sentaron en su pecho y no podía ni respirar ni moverse. Y le dijeron que no le dejarían en paz a menos que se comprometiera a darles una cena todas las noches. Un pastel del horno y una taza de leche.

Así que para calmar al niño, la madre tenía preparadas estas cosas todas las noches en una mesa al lado de su cama, y a la mañana siguiente ya no estaban.

Pero aún así, el niño languidecía y sus ojos tenían una mirada extraña, como si no viera nada de lo que hacía cerca y alrededor suyo. Como si algo muy lejano perturbara su espíritu.

Y cuando le preguntaron qué le afligía, dijo que las hadas se lo llevaban a las colinas cada noche, donde bailaba y bailaba con ellos hasta la mañana, que cuando lo traían de vuelta, lo dejaban nuevamente en la cama.

Por fin, el granjero y su esposa no sabían qué hacer, de dolor y desesperación, por ver al niño languideciendo ante sus ojos y sin poder hacer nada por ayudarlo.

Una noche, alzó la voz en medio de grandes sufrimientos.

- ¡Madre, envía al sacerdote a donde las hadas porque me están matando! Ellos están aquí, sobre mi pecho. Me aplastan para matarme.

Tenía sus ojos desorbitados de terror.

Ahora bien, el granjero y su esposa no creían ninguno en las hadas, aunque para calmar al niño hicieron lo que pedía y mandaron llamar al sacerdote, quien oró por él y lo roció con agua bendita.

El pobrecillo parecía más tranquilo cuando el sacerdote rezó y dijo que las hadas se iban y luego quedó atrapado en un tranquilo sueño. Pero cuando se despertó dijo a sus padres que había tenido un hermoso sueño y que estuvo caminando en un jardín precioso con los ángeles, y él sabía que era el cielo y que iba a estar allí antes del anochecer, porque los ángeles le habían dicho que vendrían a por él.

Estuvieron cuidando al niño enfermo toda la noche, porque vieron que continuaba con fiebre, pero esperando que mejorase por la mañana, porque ahora dormía tranquilamente con una sonrisa en los labios.

Pero justo cuando el reloj marcó la medianoche, se despertó y se sentó y cuando su madre puso sus brazos alrededor de él llorando, el le susurró:

- Los ángeles están ahí, madre.

Y luego se dejó caer hacia atrás y así murió.

Ahora, después de aquella calamidad, nunca el granjero levantó cabeza. Abandonó de su mente la granja y los cultivos fueron a la ruina y se le murió el ganado, y finalmente, antes de un año y un día fueron más los que pusieron en la tumba, al lado de su pequeño hijo, y la tierra pasó a otras manos y como nadie iba a vivir en la casa, fue derribada. Nadie tampoco cultivaría en el *rath*, de modo que la hierba volvió a crecer por todas partes, con su hermoso color verde y las hadas bailaron allí una vez más a la luz de la luna, como solían hacer en los viejos tiempos, libres y felices y así, el malvado hechizo se rompió para siempre.

Pero el pueblo no quería saber nada de la madre sin hijos, así que ella marchó de nuevo a su propio pueblo; como una mujer abatida y miserable. Una advertencia para todos los que quieran despertar la venganza de las hadas. Interrumpiendo sus antiguos derechos, posesiones y privilegios.

EL MÉDICO Y LA PRINCESA DE LAS HADAS

Una noche, según cuenta la historia, un gran médico que vivía cerca de Lough Neagh, fue despertado una noche por el sonido de un carro que llegó hasta su puerta, tras lo cual sonó fuertemente un timbre. Vistiéndose rápidamente, salió y vio un pequeño duende junto a la puerta del carruaje y en el interior un gran caballero.

- ¡Oh, doctor, date prisa y ven conmigo! –exclamó el caballero. No pierdas tiempo pues una gran dama ha caído enferma y no tiene a nadie más que a ti que le pueda asistir. Así que venga conmigo en el carruaje.

Por ello, una vez de que tuvo preparado con todo lo que pudiera necesitar, se detuvo un momento.

- Ahora rápido –dijo el caballero–; sé que es un muchacho excelente. Siéntate aquí a mi lado y no se alarme de nada de lo que pueda ver.

Así que partieron y el caballero conducía como enloquecido y cuando llegaron al ferry, el médico pensó que despertaría al barquero para tomar el barco, pero no, se lanzó al agua con carro y caballos y en muy poco tiempo estaban en el otro lado sin que los hubiera tocado una gota de agua.

Entonces, el médico comenzó a sospechar de la empresa en que estaba pero no dijo nada y fueron encima de la colina de Shane, hasta que se detuvo el carro y entraron en un negro bajo de una casa. Entraron y pasaron por un corredor estrecho y oscuro, buscando a tientas su camino, hasta que, de pronto, una luz brillante iluminó las paredes y una vez de que los asistentes hubieron abierto una puerta, se encontró en una cámara magnífica, toda adornada de seda y oro, y en un sofá de seda había una bella dama que exclamó con el saludo más cordial:

- ¡Oh, doctor, estoy muy contenta de verte! ¡Qué bueno que hayas venido!
- Muchas gracias, mi señora –dijo el doctor–. Estoy al servicio de su señoría.

Y él se quedó con ella hasta que un hijo varón nació, pero cuando miró a su alrededor no había ninguna enfermera, así que lo envolvió en paños y lo puso junto a su madre.

- Ahora –dijo la dama–; no te importe lo que te digan pues van a tratar de hechizarte para mantenerte aquí. Toma mi consejo y no comas ningún alimento ni bebas vino y estará sano y salvo. Tampoco expreses sorpresa por aquello que veas y no tomes más de cinco guineas de oro, aunque te ofrezcan cincuenta o cien, pues es lo que debes cobrar.
- Muchas gracias, señora –dijo el médico.

Tras ello, el caballero entró en la habitación, el niño era grande y noble como un príncipe, lo cogió, lo miró y lo puso de nuevo en la cama.

Ahora bien, había un gran fuego en la habitación y el caballero cogió una pala y la llevó al fuego, sacando todo el carbón hirviente, dejando un

gran espacio en la parte trasera de la parrilla; luego tomó al niño y lo puso de nuevo en el hueco de la parte posterior de la chimenea y sacó todo el carbón a través de ella hasta que estuvo cubierto, pero, teniendo en cuenta los consejos de la dama, el médico no dijo ni una sola palabra. Luego, la habitación se transformó de nuevo en una más hermosa, donde se celebraba una gran fiesta, en la que se degustaban todo tipo de carnes, frutas y vino tinto en brillantes copas de cristal

- Ahora, doctor -dijo el caballero-, siéntate con nosotros y tome lo que más le agrade.
- Señor -dijo el doctor-; he hecho voto de no comer ni beber nada hasta regresar a casa, así que por favor, déjeme volver sin más demora.
- Por supuesto -dijo el caballero-. Pero primero deje que pague su labor.

Y puso una bolsa de oro sobre la mesa y derramó cantidad de brillantes piezas de oro.

- Me limitaré a tomar lo que me pertenece y nada más -dijo el doctor.

Y tomó cinco guineas de oro y las puso en su monedero.

- ¿Y ahora podré tener el carro y regresar de nuevo para que no se me haga tarde?

Por esas palabras, el caballero se rió.

- Has estado aprendiendo nuestros secretos de mi señora – dijo–; sin embargo, te has comportado correctamente y serás llevado de vuelta y quedarás a salvo.

Así llegó el carruaje, y el doctor tomó su bastón y lo llevaron de nuevo como a la ida, con el carruaje y los caballos por el agua y todo, así hasta que marcharon derechos hacia la casa, donde llegaron justo antes del amanecer.

Pero cuando abrió su monedero para sacar las guineas de oro, allí halló un espléndido anillo de diamantes, con el que podría pagarse el rescate de un rey. Y cuando él lo examinó, encontró las dos letras de su propio nombre grabadas en su interior. Un regalo de aquel príncipe de las hadas.

Todo esto ocurrió hace cien años, pero el anillo permanece en la familia del médico, traspasado de padres a hijos y se dice que a quien lo porta, la buena suerte le acompaña y la riqueza y el honor también, durante todos los días de su vida.

“Y por la luz que brilla, esta historia es verdad” –agregó el narrador de la historia por la fuerte aseveración de los campesinos de habla irlandesa de enfatizar la verdad de sus palabras.

SHAUN-MOR, UNA LEYENDA DE INNIS-SARK

Los isleños creían firmemente en la existencia de las hadas, que vivían en las cuevas junto al mar, cerca de la altura de la hierba, que salían de las grietas de las rocas y eran luminosas y alegres, vistiendo chaquetas verdes y rojas gorras. Que podían ayudar a quien les gustase. Aunque a menudo muy dañinas si se sentían ofendidas o insultadas.

Había un hombre viejo en la isla, llamado Shaun-Mor, que dijo que había viajado a menudo con los pequeños hombres y llevó sus sacos para ellos y que a cambio le dieron extraños regalos de hadas y le enseñaron el secreto del poder, para que pudiera siempre triunfar ante sus enemigos y incluso entre las hadas, era tan sabio como cualquiera de la especie y si se le iba la cabeza podía luchar contra media docena de ellos juntos y echarlos al mar o estrangularlos con algas.

Las hadas se enojaron por su orgullo y presunción y decidieron darle una lección maliciosa, para de paso, divertirse a su cuenta. Así que, una noche, cuando regresaba a casa, de repente vio un gran río entre él y su casa.

- ¿Cómo voy a llegar al otro lado ahora? –exclamó en voz alta.

Inmediatamente, un águila se acercó a él.

- No llores, Shaun-Mor -dijo el águila-. Sube a mi espalda y yo te llevaré a salvo.

Así que Shaun-Mor subió y volaron como nunca tan alto, hasta que al fin, el águila lo arrojó a la ladera de una gran montaña, en un lugar que nunca antes había visto.

- ¡Esta es una mala pasada que me has jugado! -dijo Shaun-, ¿dime dónde estoy ahora?
- Estás en la luna -le dijo el águila y desciende como mejor puedas porque ahora tengo que irme. Así que, adiós y ten cuidado de no caer fuera del borde.

Y diciendo aquello, el águila desapareció.

En ese momento, una hendidura de la roca se abrió y salió un hombre tan pálido como un muerto, con una hoz en la mano.

- ¿Qué te trae por aquí? -dijo-. Sólo los muertos vienen a este lugar.

Y miró fijamente a Shaun-Mor que temblaba como si se estuviera muriendo.

- ¡Oh, vuestra merced! -dijo-. Yo vivo lejos de aquí. Dime cómo puedo bajar y ayúdame. Te lo suplico.
- ¡Ay, que lo haré! -dijo el hombre de pálido rostro. Aquí está la ayuda que te doy.

Y diciendo esto, le dio un golpe con la hoz que Shaun cayó derecho sobre el borde de la luna, y cayó y cayó hasta que por suerte fue a caer sobre una bandada de gansos y el viejo ganso que los dirigía, se detuvo y lo miró.

- ¿Qué estas haciendo aquí, Shaun-Mor? -dijo-. Porque yo ya te conozco bien. Muchas veces te he visto en Shark. ¿Qué va a decir tu esposa cuando se entere que estás tan tarde de noche fuera, andado por este camino? Es de muy mala reputación, si es de un ganso mal educado el hacerlo, peor aún, mucho peor en un hombre. Yo me avergüenzo de ti, Shaun-Mor.
- ¡Oh, su señoría! -dijo el pobre hombre-. Ha sido culpa de una mala pasada de las malvadas brujas que me han hecho esto, me dejaron subirme sobre su espalda y si su señoría me lleva a salvo a mi casa, estaré siempre agradecido a todos gansos del mundo durante toda mi vida.
- Bueno, entonces, súbete a mi espalda -dijo el pájaro, revoloteando sus alas con gran estrépito sobre Shaun.

Pero él no podía sostenerse subido a la espalda y se agarró a una pata, y él y el ganso fueron bajando y bajando hacia el mar.

- Ahora he de irme -le dijo el ganso-, y busca el camino a tu casa lo mejor que puedas, porque yo ya he perdido mucho tiempo contigo.

Y sacudió a Shaun-Mor, que fue a caer en medio del mar, y cuando estaba casi muerto, una ballena se le acercó y batiendo sus aletas lo golpeó.

Él no supo nada más hasta que abrió los ojos tumbado en la hierba de su propio terreno, junto a una gran piedra. Y su esposa estaba junto a él, de pié y le empapaba con un gran cubo de agua, y golpeándole la cara con su delantal.

Y después contó a su esposa todo tipo de cuentos, de los que dijo que eran tan verdad como el evangelio, pero no creyó que ella creyera ni una sola palabra de lo que le dijo, aunque tenía miedo de llevarle la contraria a un tipo como Shaun-Mor, quien afirmaba que todo había sido labor de las hadas, aunque la gente malvada pudiera burlarse y decir que estaba borracho.

LA RAZA DE LAS HADAS

Las Shide o raza de espíritu, también llamada Feadh-Ree o hada, se suponía que habían sido una vez ángeles del cielo, que fueron expulsados por orden divina por su orgullo desmedido.

Algunos cayeron a tierra y allí habitaron, mucho antes de que el hombre fuera creado, en tiempos de los primeros dioses de la tierra. Otras cayeron al mar, y ellas mismas construyeron hermosos palacios de cristal y perlas de hadas, por debajo de las olas, pero en las noches de luna, a menudo vienen arriba a tierra, montando sus caballos blancos y deleitando para juntarse con su parentela de hadas que viven en las cavernas de las montañas y bailan juntos en el césped bajo los árboles antiguos y beben el néctar de las tazas de flores, que es el vino de las hadas.

Otras hadas, sin embargo, son demoníacas y dadas a las malas acciones y maliciosas, porque cuando fueron expulsadas del cielo cayeron al infierno y allí, el diablo las tiene bajo su gobierno y las envía cuando quiere a misiones del mal, para tentar las almas de los hombres más débiles bajo el brillo del pecado y placer. Estos espíritus habitan debajo de tierra y difunden su conocimiento sólo a ciertas personas malvadas, elegidas por el diablo, quien les da poder para hacer conjuros, pociones de amor y poder para trabajar hechizos malignos. Pueden asumir formas diferentes por su conocimiento y uso de ciertas hierbas mágicas.

Las mujeres brujas que han sido enseñadas por ellos y se han convertido en herramientas del Maligno, son el terror del barrio, porque ellas tienen todo el poder de las hadas y toda la malicia del demonio, que les revela secretos de horas y días, y los secretos de las hierbas, y los

secretos maléficos, y el poder de la magia que puede afectar a todos los propósitos, ya sea para bien o para mal.

Las hadas de tierra son pequeñas y hermosas. Aman apasionadamente la música y el baile y viven lujosamente en sus palacios en las colinas y en las cuevas de montañas profundas, y pueden obtener todo tipo de cosas preciosas para la casa de las hadas, simplemente por la fuerza de su poder mágico. También pueden asumir todas las formas, y nunca conocerá la muerte, hasta la llegada del último día, cuando su destino será desaparecer y ser aniquilado para siempre.

Sin embargo, son muy celosos de la raza humana que son tan altos y fuertes, y al que se le ha prometido la inmortalidad. Y a menudo son tentados por la belleza de una mujer mortal y es grande su deseo de tenerla como esposa. Los hijos de estos matrimonios tienen una naturaleza mística extraña y en general son famosos en la música y canto. Pero ellos son apasionados, vengativos y no es fácil vivir a su lado. Todo el mundo sabe que son de la raza de las Shide, por sus hermosos ojos y temperamento audaz, temerario.

El rey y príncipes de hadas visten de verde, con gorras rojas, unidas en la cabeza por un cordón de oro. La reina de las hadas luce un vestido de gasa de plata brillante, salpicado de diamantes, y su largo cabello dorado se extiende por el suelo mientras bailan en la hierba.

Su campamento favorito y lugar de descanso se encuentra bajo un espino. Y un campesino iría a morir antes que cortar uno de esos espinos antiguos y sagrados para las hadas, y que generalmente se encuentra en el centro del anillo de las hadas. Pero nunca las personas sienten adoración hacia estas hadas, pues se mira al Shide como una raza inferior al hombre.

Al igual que tienen un miedo inmenso, miedo del poder místico de las hadas, y de no interferir con ellos, no ofenderlos a sabiendas.

Los Shide, a menudo se esfuerzan por llevarse niños guapos, que luego son criados en los palacios de hadas hermosas, bajo tierra y casados con compañeras o compañeros de hadas cuando crezcan.

La gente tiene la idea de que dejan un *changeling* o ser en la cuna, en lugar del hijo precioso. Una cosita arrugada se encuentra allí. A veces, se toma por la noche y se pone en un sepulcro abierto hasta el amanecer y cuando se espera hallar a su propio hijo reestablecido, las más de las veces no se encuentra nada más, excepto el frío cadáver de la pobre paria.

A veces, se dice que las hadas se llevan a niños mortales para un sacrificio, ya que tienen que ofrecer uno cada siete años al diablo, a cambio del poder que les da. Y hermosas jovencitas se llevó también, ya fuera para sacrificio o para ser casadas con el rey de las hadas.

Las hadas son puras y limpias en sus hábitos, y les gusta sobre todas las cosas, un cubo de agua que se colocará para ellos por la noche, en caso de que deseen bañarse.

También se deleitarán con buenos vinos y tendrá cuidado de pagarle bien a quien se los dé, porque son verdaderamente rectas y honestas.

Los grandes señores de Irlanda, en la antigüedad, solían dejar un barril de los mejores vinos españoles, con frecuencia, sobre el alféizar de la ventana para las hadas y por la mañana, se había ido todo.

El fuego previene grandemente contra la magia de las hadas.

EL NIÑO DE LAS HADAS

Una mujer que vive en la antigua Innis-Sark dice que en su juventud conoció a una mujer que estuvo casada durante cinco años, pero que no tenía hijos. Su marido era un hombre rudo y grosero, y utilizaba el motivo de no tener hijos para mofarse de ella y golpearla muchas veces. Pero ocurrió que durante aquel año nació un niño que era tan hermoso que parecía un ángel del cielo.

El padre estaba tan orgulloso de la criatura que a menudo se quedaba en la casa, cerca de la cuna para cuidarlo y ayudar a su esposa con los trabajos.

Un día, sin embargo, mientras mecía la cuna, el niño le miró de repente a él y, ¡eh aquí!, que tenía una enorme barba en rostro. Entonces, el padre gritó a su esposa:

- ¡Esto no es un niño, sino un demonio! ¡Has puesto un hechizo maléfico sobre él!

Y él la golpeó y golpeó, peor de lo que había hecho en toda su vida; por lo que ella gritó en voz alta pidiendo ayuda. Aquel lugar se puso muy oscuro y el trueno sonó sobre sus cabezas y la puerta se abrió de par en par con gran estruendo, y entraron dos extrañas mujeres, con gorros de color rojo en la cabeza y gruesos palos en sus manos. Una se abalanzó sobre el hombre, y una sujetaba sus brazos mientras la primera le golpeó hasta casi dejarlo muerto.

- Nosotros somos vengadoras –dijeron–, míranos y tiembla porque si le vuelves a golpear a tu esposa de nuevo, regresaremos para matarte. Ahora ven, arrodíllate y pídele perdón.

Cuando el pobre desgraciado lo hizo, temblando de miedo, se desvanecieron.

- Ahora –dijo el hombre cuando se fueron–, esta casa ya no es un lugar adecuado para mí. Voy a marcharme para siempre.

Así que tomó su camino y la esposa quedó conmovida. Entonces, el niño se sentó en la cuna.

- Ahora, madre –dijo–, ya que el hombre se ha ido, te diré lo que has de hacer. Hay un pozo sagrado cerca de aquí que nunca has visto, pero lo sabrás por el manojito verde de junco que crece sobre la boca, vete allí, agáchate y grita en voz alta tres veces, y una anciana va a ofrecerte que te dará lo que desees. No debes decir a nadie nada sobre el pozo ni la mujer o todo saldrá mal.

Así que la madre hizo lo que le había dicho y se fue al pozo y gritó tres veces y una anciana se acercó, y dijo:

- ¿Mujer, por qué me has llamado?

Y la pobre madre tenía miedo, y respondió temblorosa:

- El niño me ha enviado y te ruego que me procures el bien y no el mal.
- Ven, pues, conmigo al pozo –dijo la mujer–, y no tengas miedo.

Así que la madre le tendió la mano y la otra la llevó por un tramo de escalones de piedra, y luego llegaron a una sólida puerta cerrada y la anciana la abrió, ordenando que entrara. Pero la madre tenía miedo y lloró.

- ¡Entra! –le dijo. No temas, porque esta es la puerta del palacio de un rey y verás a la reina de las propias hadas, porque es su hijo el que usted está amamantando, y el rey, su marido, está con ella en su trono de oro, y no tengas miedo. No hagas ninguna pregunta y haz lo que te ordenen.

Luego entró en un salón precioso y el suelo era de mármol y las paredes eran de oro macizo, y una gran luz lo iluminaba todo, por lo que los ojos apenas podían dirigirse hacia la luz. Luego pasó a otra habitación y al final de la misma, en un trono de oro, estaba sentado el rey de las hadas. Era muy bello y junto a él estaba su reina, de apariencia justa y hermosa, toda vestida de plata.

- Esta señora es quien ha cuidado a su hijo, el joven príncipe – dijo la anciana.

La reina sonrió y le pidió a la mujer que se sentara para contarle cómo llegó a saber del lugar.

- Mi hijo fue quien se lo dijo –dijo el rey, mirando muy enojado.

Pero la reina lo tranquilizó y dirigiéndose a una de sus damas, dijo:

- Tráeme aquí el otro niño.

Entonces, la señora trajo al niño y lo puso en brazos de su madre.

- Toma -dijo la reina-, él es tu propio hijo, que nos lo llevamos porque era tan hermoso y el niño que tienes en casa es mío, es un pequeño, pequeño hada. Lo quiero de vuelta y he enviado un hombre para traerlo aquí y usted puede llevarse a su propia casa su hijo con seguridad, porque las bendiciones de las hadas estaban con él para su bien y el hombre al que derrotaron no era su marido sino un mensajero que lo enviaron para cambiar los niños. Así, usted encontrará a su verdadero esposo en su propia casa, observando y esperando su llegada.

En eso se abrió la puerta y el hombre que la había golpeado entró y la madre temblaba y tenía miedo: pero el hombre se rió y le dijo que no temiera, sino que comiera lo que tenía delante de sí y después marchara en paz.

Así la llevaron a otra sala donde había una mesa llena de platos de oro y hermosas flores y vino tinto en vasos de cristal.

- Come -dijeron-. Esta fiesta la hemos preparado para ti, no podemos tocar la comida porque ha sido rociada con sal.

Así que ella comió y bebió del vino tinto y nunca en su vida había probado manjares tan ricos. Y como le pareció justo y correcto, después de la cena, se puso de pie y cruzó y juntó las manos para dar gracias a Dios.

Pero la detuvieron e hicieron sentarse.

- ¡Silencio! –dijeron–. Ese nombre no debe mencionarse aquí.

Hubo un airado murmullo en la sala. Pero justo en ese momento se escuchó una hermosa música y cantar, como el sonido del canto de sacerdotes y la mujer estuvo tan encantada que quedó como desmayada. Y cuando volvió en sí era mediodía y estaba de pie junto a la puerta de su propia casa. Su marido salió, la tomó de la mano y la llevó adentro. Y allí estaba su hijo, más bello que nunca, tan hermoso como un pequeño príncipe.

- ¿Dónde has estado todo este tiempo? –preguntó el marido.
- Hace tan sólo una hora desde que fui a buscar a mi hijo que habían robado las hadas –respondió ella.
- ¡Una hora! –dijo el marido. Han pasado tres años y cuando te fuiste estaba algo enfermizo, fue colocado en su cuna. No mayor que un hongo y yo sabía bien que era un hijo de hadas, pero sucedió que un día, vino un sastre y se paró a descansar y cuando miró fijamente al niño, lo deforme y feo, se sentó muy recto en la cuna y gritó: “Vamos... ¿qué estás mirando? Dame cuatro pajitas para jugar”. Y el sastre le dio las pajitas y cuando las cogió, el niño tocó y tocó música tan dulce con ellas, como si fueran gaitas irlandesas. Todas las sillas y mesas comenzaron a bailar y cuando se cansó, se dejó caer en la cuna y quedó dormido. Después el sastre dijo: “Ese niño no está bien, lo primero que debes hacer, es preparar un gran fuego”. Así que hicimos el fuego, luego el sastre cerró la puerta y se levantó de mala suerte el desgraciado de la cuna y se sentó en el fuego. Y tan pronto como lo cogieron las llamas, gritó con voz alta y voló por la chimenea, desapareciendo. Y cuando todo lo que le perteneció a él estuvo quemado, yo sabía que regresarías con nuestro muchacho. Y ahora vamos a

nombrar a Dios y hacer la señal de la cruz sobre él y la mala suerte no regresará a nuestra casa por los siglos.

De modo que el hombre y su esposa vivieron felices desde aquel día y el niño creció y prosperó y fue hermoso y feliz en su vida, por las bendiciones que las hadas pusieron en él, en la salud, riqueza y prosperidad, así como la reina de las hadas le hubo prometido a su madre.

ETHNA, LA NOVIA

Había una vez un gran señor que tenía una hermosa mujer llamada Ethna, la más atractiva en toda la tierra. Y su marido estaba tan orgulloso de ella que día tras día celebraba fiestas en su honor, y desde la mañana hasta la noche su castillo estaba lleno de damas y caballeros, tan sólo se pensaba en el baile y la música, en la fiesta y la caza. Sólo se pensaba en el placer.

Una tarde, cuando la fiesta estaba más alegre y Ethna flotando a través de la danza, con su túnica de gasa de plata, entrelazada con joyas; más brillante y hermosa que las estrellas del cielo, de repente, soltó la mano de su compañero y cayó al suelo desmayada.

La llevaron a su habitación, donde yacía insensible durante largo tiempo, pero a la mañana se despertó y dijo que había pasado la noche en un hermoso palacio, y estaba tan feliz que ella deseaba dormir de nuevo e ir allí en sus sueños.

Allí estuvo todo el día, pero cuando las sombras de la oscura noche cayeron sobre el castillo, la música se escuchaba bajo su ventana y, Ethna, volvió a caer en un trance profundo del cual nada pudo despertarla. Entonces, la vieja nodriza se quedó para vigilarla, pero en el silencio, la mujer se sintió cansada y quedó dormida. Y no se despertó hasta que el sol se había levantado. Y cuando miró hacia la cama, vio con horror que la joven esposa había desaparecido. Todos en el castillo se despertaron al momento y las consultas se hicieron por todas partes, pero no hallaron

rastro de ella en el castillo, ni en los jardines, ni en el parque. Su marido envió mensajeros en todas direcciones, pero en vano; no la habían visto, ningún suspiro de ella pudieron encontrar, vivo o muerto.

Entonces, el joven lord montó en su corcel más veloz y al galope a la derecha de Knockma, para preguntar a Finvara, el rey de las hadas, si podía darle alguna noticia de la novia y a dónde podía dirigirse para buscarla, pues él y Finvara eran amigos y le habían dejado más de un barril de vino español en la ventana por la noche para que pudieran llevárselo las hadas, por orden del joven lord.

Pero poco podía imaginar que el mismo Finvara era el traidor, galopó como un loco hasta que llegó a Knockma, la colina de las hadas. Y cuando se detuvo a descansar su caballo por el *rath* de las hadas, oyó voces en el aire, por encima de él y uno de ellos dijo:

- Cierto que Finvara está contento, porque tiene por fin, la hermosa novia en su palacio y nunca más verá ella ya, el rostro de su esposo.
- Sin embargo –respondió otro–, si cava hacia abajo por la colina hasta el centro de la tierra, podrá encontrar a su novia, pero el trabajo es duro y el camino difícil y Finvara tiene más poder que cualquier hombre mortal.
- Eso está por verse –exclamó el joven lord–. Ni las hadas, ni el diablo, ni Finvara podrán interponerse entre mi joven justa esposa y yo.

Y al instante envió a dos de sus criados para reunir a todos los trabajadores de la comarca con sus picos y palas, para cavar a través de la colina hasta llegar al palacio de las hadas.

Y una muchedumbre de obreros que llegaron y rebuscaron en la colina todo el día, haciendo una profunda franja que se fue haciendo grande hacia el mismo centro. Luego, al atardecer, detuvieron la labor por hacerse de noche, pero a la mañana siguiente, cuando se reunieron de nuevo para continuar su trabajo, he aquí, que la zanja estaba rellena otra vez de barro y la colina parecía como si jamás se hubiera tocado. Porque así lo había ordenado Finvara, que tenía poder sobre la tierra, el aire y el mar.

Pero el joven lord era valiente de corazón y ordenó a los hombres que continuaran con el trabajo, y la zanja se cavó de nuevo, amplia y profunda, en el centro de la colina. Y esto se prolongó durante tres días, pero siempre con el mismo resultado, el barro se reponía nuevamente cada noche y la colina se veía igual que antes y no estaban más cerca del palacio de las hadas.

Entonces, el joven lord estaba dispuesto a morir por la rabia y el dolor, pero de pronto oyó una voz a su lado, como un susurro en el aire, y las palabras que dijo fueron:

- Esparcir sal sobre la tierra escarbada y el trabajo estará a salvo.

Un sorbo de vida entró en su corazón y envió un mensaje a través de todo el país para que las personas recogieran sal, y la tierra se roció con ella esa noche, cuando los hombres hubieron dejado su trabajo en la colina.

La mañana siguiente todos se levantaron temprano con la ansiedad de ver lo que había sucedido, y grande su alegría al comprobar que la zanja estaba a salvo, tal y como la habían dejado y toda la tierra intacta.

Entonces, el joven lord supo que tenía poder sobre Finvara y ordenó a los hombres trabajar con buen corazón, porque pronto llegarían al palacio de las hadas en el centro de la colina.

Así que al día siguiente una gran cañada quedó abierta, haciendo camino desde el fondo hasta la mitad de la tierra y se podía oír la música de las hadas, si se ponía el oído cerca de tierra, y las voces se escuchaban alrededor de ellos en el aire.

- Mirar ahora -dijo uno-. Finvara está triste, porque si uno de esos hombres mortales da un golpe en la palacio de las hadas con su espada, se desmoronará haciéndose polvo, y se desvanecerá como la niebla.
- Pues que Finvara renuncie a la novia -dijo otro-, y podremos estar a salvo.

En ese momento, la voz del propio Finvara se escuchó, clara como la nota de un clarín de plata, a través de la colina.

- ¡Dejen tu trabajo! -dijo. ¡Oh, hombres de la tierra! Guardar vuestras espadas y al atardecer, la novia le será devuelta a su marido. Yo Finvara, lo afirmo.

Entonces, el joven lord les ordenó detener la labor y deponer las espadas hasta que el sol se puso.

Y al atardecer, montó en su corcel castaño grande y se dirigió a la cabecera de la cañada, y observó y esperó, y cuando la luz rojiza sonrojó todo el cielo, vio a su esposa que iba por el camino con su túnica de gasa

plateada, más bella que nunca y saltó de la montura y la levantó y se alejaron como el viento de tormenta de vuelta al castillo. Allí colocó a Ethna en su cama. Ella cerró los ojos y no dijo ni una palabra.

Día tras día fueron pasando y aún ella nunca habló ni sonrió, pero parecía como si estuviera en trance.

Un gran dolor cayó sobre todos y cada uno, porque temían que ella hubiera comido la comida de las hadas y que el hechizo no fuera a romperse jamás. Así que su marido estaba muy triste.

Pero una noche, en que viajaba a casa tarde, oyó voces en el aire y uno de ellos dijo:

- Ahora hace un año y un día desde que el joven lord llevó a casa a su bella esposa, de manos de Finvara, ¿pero es algo bueno? Ella no habla y está como un muerto, porque su espíritu está con las hadas, aunque su forma esté allí, junto a él.

Luego, otra voz le respondió:

- Y así se mantendrá, a menos que el hechizo se rompa, y para ello debe desatarse el cinturón que lleva en la cintura con un pasador encantado y quemar el cinturón en el fuego y tirar las cenizas delante de la puerta y colocar bajo tierra el pasador encantado. Entonces, su espíritu regresará de donde las hadas, y ella volverá a hablar y a tener una vida verdadera.

Al oír esto, el joven lord espoleó y puso en marcha su hermoso caballo apresuradamente hacia el castillo, para ir a la habitación donde Ethna yacía silenciosa en su sofá. Allí la encontró como si fuera una figura

de cera. A continuación, tomó la determinación de probar si era verdad lo que decían aquellas voces de los espíritus.

Desató el cinturón, y después de muchas dificultades, logró extraer el pasador encantado de entre los pliegues. Pero todavía Ethna no decía una palabra. Luego cogió el cinturón y lo quemó en el fuego y arrojó las cenizas delante de la puerta y enterró el pasador encantado en un profundo agujero bajo tierra, bajo una espina de las hadas, para que nadie lo molestara. Después de lo cual, regresó a donde su joven esposa, que sonreía mientras le miraba a él y tomó su mano.

Grande fue la alegría al ver que el alma de aquella dama había regresado. La levantó y la besó. El habla y la memoria se restablecieron en aquel momento, en medio de su anterior vida, como si nunca se hubiera roto o interrumpido y el año en que su espíritu había pasado en el país de las hadas, parecía como si hubiera sido el sueño de aquella noche, del que acababa de despertar.

Después, Finvara no hizo más esfuerzos por volver a llevársela, pero el corte profundo en la colina permanece hasta nuestros días, y se llama: la Cañada de las Hadas. Así que nadie puede dudar de la verdad de la historia aquí narrada.

PARTE
SEGUNDA

CUENTOS
DE HADAS IRLANDEASAS

JOHN FLYNN Y LAS HADAS IRLANDESAS

Desde hacía tiempo, el campesino Flynn solía dejar por las noches, al ir a dormir, dejaba un poquito de vino en una copa, un poquito de leche y algunas nueces abiertas, sin comer. También dejaba las últimas ascuas del fuego de la chimenea sin apagar.

Por algún motivo, parecían haber recobrado vida en su interior, las viejas historias que escuchó en su niñez sobre las hadas, sobre lo mucho que agradecían la hospitalidad de las gentes, lo mucho que les desagradaban también las gentes avaras. También lo mucho que les gustaba calentarse junto al fuego de las chimeneas de los hogares irlandeses.

Durante semanas nada notó por las mañanas, al recoger los restos dejados en la mesa por la noche. Pero de un tiempo a esta parte sí que empezó a notar que algunos restos habían desaparecido. Entonces empezó a cobrar fuerza en su interior, la idea de que las hadas realmente existían.

Cuentan que castigan a quien las hace algún mal, pero que obsequian a quien las trata bien, y comparten con ellas, en ocasiones parte de sus numerosas riquezas, a veces regalándoles calderos repletos de oro.

Las hadas estaban encantadas con el campesino Flynn y ya planeaban la forma de compensarle su hospitalidad y su bondad. Aquella noche comieron y bebieron como en otras ocasiones y después estuvieron hablando alrededor del fuego. Después volaron hasta el escritorio de John Flynn y cogieron entre tres hadas, de allí una pluma, la introdujeron en el

tintero y se pusieron a dibujar un plano con algunas indicaciones, sobre un papel.

Mientras tanto, una de las hadas, se había introducido en una jarra, para darse un baño como acostumbraba a hacer, y la tapa de la jarra, fue a caer y cerrarse.

Las pobre hada gritaba y gritaba, pero su vocecilla no alcanzaba a escucharse donde se encontraban las otras hadas. Finalmente se marcharon y allí quedó el hada encerrada.

Ya estaba a punto de ahogarse cuando penetró en la cocina el campesino Flynn y al verla en la jarra, rápidamente corrió hacia ella.

La hada se alegró de verle, porque estaba ya casi desfallecida. John Flynn la sacó pronto, al tiempo que le dijo:

- ¡Caíste en mi trampa! Llevo mucho tiempo invitándoos a cenar y calentándoos con mi fuego, esperando y esperando a ser compensado, esperando recibir una pequeña parte de la fortuna de las hadas, que será mucho, pero no he logrado nada. Nada de nada. ¿Hadas agradecidas?
- Pero... -intentaba hablar al hada, pero el campesino apretaba su mano y apenas la dejaba respirar.

El campesino entonces amenazó al hada con matarla si no le llevaba a donde el tesoro de las hadas.

Afortunadamente, el hada recordaba dónde se encontraba el caldero repleto de oro que pensaban regalarle. Entonces le dijo:

- Está bien, pero has de coger una cuerda, porque el caldero de oro está en el cauce del río y si entras en él sin estar bien sujeto, podría arrastrarte la corriente y te ahogaría.

Cogió Flynn pues la cuerda y también un hilo. Siguiendo después las instrucciones del hada, llegó hasta el río. Al acercarse a la orilla, observó el resplandor del caldero de oro que había en el fondo. También observó que había ciertamente mucha corriente, tal y como le había dicho el hada. Entonces se dirigió a un árbol cercano, desde una de cuyas ramas, observaba todo una ardilla. Sujetó perfectamente la cuerda al árbol y después se la ató bien a la cintura. Después ató bien con el hilo al hada, a una rama y entonces se introdujo en el río, caminando hasta donde ya cubría y luego se zambulló.

Trató de sacar el caldero entero, pero pesaba demasiado, así que tuvo que ir cogiendo monedas de oro a puñados y dejándolos en la orilla. Así una vez, así otra más y así unas cuantas veces, hasta que ya pudo alzar el caldero y feliz fue a dirigirse a la orilla, cuando al levantar la cabeza, aterrorizado observó a la ardilla mordisqueando la cuerda, a punto de romperse. Y antes de lograr salir, la cuerda se partió y el avaro campesino fue arrastrado por su avaricia y murió ahogado.

Entonces, la ardilla logró roer también el hilo del hada y la dejó libre.

- ¡Muchas gracias, ardilla! –dijo el hada. Me salvaste la vida y diste su merecido al campesino avaro.
- Gracias a ti, por prometer compensarme con las nueces del avaro Flynn.

SEÁN Ó DÁLAIGH Y LAS HADAS

Séan Ó Dálaigh era un gran contador de historias, dicen que el mejor. Al verlo entrar en algún bar, se hacía el silencio y enseguida se encontraba rodeado de gente, deseosa de escuchar alguna de sus maravillosas historias.

Era muy viejecito ya y le solían escuchar decir que tenía más de ciento veinte años, y precisamente una de las historias más maravillosas que solía relatar, era aquella en la que contaba el motivo de que aún teniendo veinte y cien años, aparentaba tener muchos menos. Aquel día, cuando entró en el bar, hizo lo que siempre solía hacer, dejar colgados gorra y abrigo. Después de un breve silencio se puso a contar la historia:

- Hace muchos años solía acudir con frecuencia al bosque triste y no sé ciertamente por qué se le llama así, solía traer de allí leña y en cierta ocasión se me apareció un numeroso grupo de hadas que me invitaron a bailar con ellas. Dimos vueltas y vueltas, miles diría yo. Yo estaba fascinado por la belleza de aquellos seres y agradecido por la oportunidad que me habían brindado de conocerlas y de compartir sus fiestas y danzas.

Séan se detuvo entonces y dejó unos instantes de contar, pues se emocionaba cada vez que contaba aquellas cosas.

- Continúa, por favor –le dijeron.
- Agradecido como estaba –siguió hablando–; me ofrecí a contarles alguna historia y os juro que las hadas rieron y rieron sin parar y después lloraron y lloraron sin poder

detenerse; porque a las hadas les encantan las historias irlandesas y son muy sensibles.

De nuevo se hizo el silencio y nuevamente le pidieron que continuara su relato.

- Cuando me despedí, me pidieron por favor que regresara cada noche de San Juan, todos los años y que compartiera con ellas sus bailes y mis historias. Después me dieron a elegir el regresar por uno de los dos caminos que había, al tiempo que me dijeron que si cogía el de la izquierda, llegaría al pueblo siendo un viejecito y si tomaba el de la derecha, alcanzaría un pueblo siendo un niño; pero entonces tendría que portar otro nombre, el que hallara en el bolsillo de mi camisa.

Otra vez quedó el bar en silencio y el círculo que rodeaba al narrador, cada vez era más amplio.

- Como quiera que me sentía muy feliz con la vida que había llevado, aunque humilde, cogí el camino de la izquierda y cuando llegué al pueblo, me vi reflejado en una cristalera, hecho un niño de ocho años. Entonces eché la mano al bolsillo y saqué un papel en el que mi nombre estaba escrito con la caligrafía de las propias hadas.

Entonces, ante la maravillada y atenta mirada de todos los presentes, echó la mano al bolsillo de su camisa y sacó un viejo papel en el que había algo escrito con extrañas letras y que enseñó a todos, que exclamaron fascinados al mismo tiempo:

- ¡Séan Ó Dálaigh!

- Hoy es noche de San Juan y hoy también es el último día en que me escuchéis contando historias. Regresaré donde las hadas y compartiré con ellas la velada. Al despedirme de ellas, si es que me permiten volver a ser niño, marcharé a algún lugar y empezaré una nueva vida y si escucháis a un niño contando historias, dadle una propina, porque tal vez me la estéis dando a mí.

Sin que nadie lo notara, un hombre que había estado escuchando y que también creía que todas y cada una de las palabras eran ciertas; se llevó la gorra y el abrigo de Séan y vistiéndoselos, marchó hacia el bosque triste, para conocer a las hadas, disfrutar de sus bailes y luego engañándoles con algún estúpido cuento, lograr regresar a la niñez y vivir muchos años más, tantos como el que consideraba, estúpido Séan Ó Dálaigh.

Llegó al bosque y pronto se vio rodeado de cantidad de hadas, que se acercaron a él confiadas, precisamente porque pensaban que era su amigo.

- ¡Tú no eres Séan Ó Dálaigh! –le dijeron
- Tenéis razón. Él no podía venir y me pidió que acudiese yo, bailase con vosotras y os contara maravillosas historias.

Parece que las hadas confiaron en la palabra de aquel farsante y le cogieron de la mano para que danzase con ellas. Dieron vueltas y vueltas, miles de mágicas vueltas y después pidieron las hadas al visitante, que les contara algunas historias. Y empezó a contar, tratando de contar todo cuanto había escuchado tantas veces a Ó Dálaigh, pero contaba las historias incompletas y jamás hubiera podido contarlas como Séan; así que

las hadas empezaron a bostezar y aburrirse y no tardaron mucho en decirle al narrador que ya era suficiente por aquel día.

El hombre entonces se despidió pensando en que le iban a ofrecer el elegir entre dos caminos que poder tomar. Pero las hadas nada le decían. Así finalmente fue él quien les solicitó que le dieran a elegir entre dos caminos para tomar uno, como hicieron hace muchos años con Séan Ó Dálaigh.

Y la más bella de las hadas, le dijo entonces:

- Toma este sacó de harina de maíz. Si tomas el camino de la izquierda, pronto se convertirá en piedras y llegarás a un pueblo, con un saco de piedras a la espalda. Si tomas el camino de la derecha, pronto la harina quedará convertida en oro y llegarás a un pueblo con un saco repleto de oro.

El hombre no dudó ni un instante, y sin tan siquiera dar las gracias, marchó por el sendero de la derecha y en cuanto notó que aumentaba el peso de su saco, lo abrió para deleitarse con el oro que tan fácilmente había logrado. Después continuó caminando y se sintió cada vez más y más cansado por el peso del saco. Pero feliz llegó a un pueblo con su fortuna. Entonces, al entrar en un bar, se vio reflejado en un espejo y comprobó que se había convertido en un anciano muy, muy viejo. El castigo que le inflingieron las hadas acabó con su vida, pues murió poco después, sin poder disfrutar de su fortuna.

En cuanto a Séan, ya no le volvieron a ver más en aquel lugar; pero si algún día se topan en la calle con algún contador de historias, disfruten de las maravillas que cuenta, y denle un pequeña propina porque tal vez sea, nuestro querido Séan Ó Dálaigh.

JUDY FLANAGAN

Qué puedo decir de Judy Flanagan, la chica más bella sin duda, del Condado de Tipperary. El trigo le robó el color de su cabello y el cielo fue a tomar el de sus ojos. Algunas pecas y su sonrisa, hacían de su rostro, el más bello y amable que conocieron las gentes de aquel lugar.

Pero lástima que su belleza no iba en proporción a su riqueza, sino al revés. Trabajaba duro en la casa del bosque, donde vivía con sus padres. Aquel día debía reunir gran cantidad de agua y para eso tenía que caminar varias veces largo trecho hasta el pozo y luego regresar cada vez con el cántaro lleno de agua sobre la cabeza.

Hizo así varios viajes y en el último de ellos, se detuvo durante unos minutos, sentada y apoyada en un gran roble, para descansar y reponerse, pues estaba casi desfallecida.

Lo que no sabía ella, era que aquel lugar precisamente estaba habitado por las hadas del contorno y que además, estos seres sentían enorme envidia por la belleza de Judy. Y desde hace tiempo tenían pensado secuestrar a la muchacha y someterle a todo tipo de burlas y malicias. Una vez llevada a su habitáculo secreto, ya no la dejarían marchar de allí jamás.

La ocasión se les acababa de presentar porque en unos instantes Judy quedó dormida y justo entonces, las ramas del roble se convirtieron en enormes brazos que atraparon a la muchacha y en el tronco se formó

una enorme boca, por donde introdujeron a la pobre Judy; que al entrar penetró en un habitáculo varias centenas de veces más grande que el grosor del roble y por allí la llevaron hasta un magnífico salón repleto de preciosos objetos que dejaron maravillada a la muchacha. Espejos con marco de oro, peines de oro también, candelabros y sillas de plata y cantidad de riquezas que los humanos no pueden llegar a imaginar sin verlas, porque sólo las hadas conocen tales riquezas.

Pronto se vio rodeada Judy por unas cuantas preciosas hadas de medio metro de altura, que muy amablemente le preguntaron si deseaba jugar con ellas:

- ¿Deseas jugar al pie con pie?
- ¡Claro que sí! –dijo Judy, confiada pues no sabía cómo era aquel juego.

Entonces, a gran velocidad, mayor que la del viento una por una y una tras otra y una tras otra vez vez; cada una de las hadas fue dándole fuertes pisotones a la pobre Judy; que muy pronto hubo descubierto dónde se hallaba y con quién estaba tratando en realidad.

Después de un rato y cuando la joven se retorció de dolor; las hadas le dijeron que jamás saldría de aquel lugar y cuánto más amable y servicial se mostrase, pues menos mala iría a presentarse su existencia.

- Ahora te toca a ti proponer un juego –le dijeron las hadas, deseosa de continuar su diversión.

Judy quedó pensativa, mientras todas las maliciosas hadas se mantenían a su alrededor con semblante burlón. Entonces les dijo:

- ¡Hagamos el baile de la cuerda!

Las hadas quedaron extrañadas, pues no conocían aquel baile.

- ¡Hagamos el baile de la cuerda! –dijo la reina de las hadas–. Aunque antes deberás enseñarnos cómo es.
- Muy fácil –dijo Judy–. Pero necesitamos una cuerda larga y fuerte.

Al instante había una cuerda justo delante de ellas. Entonces, Judy Flanagan rodeó y anudó su mano izquierda suavemente a la cuerda y explicó a las hadas para que sujetasen con fuerza una por una la mano izquierda de todas ellas, para completar el círculo y quedar todas unidas. Después dijo que iba a unir la cuerda a su mano atada, para poder dar comienzo al baile de la cuerda; pero lo que hizo en realidad, fue soltarse la mano y dejar fuertemente atadas a todas las hadas, sin hallar forma de poder soltarse.

Entonces empezó Judy Flanagan a darles pisotones a una y a otras, sin dejar hada alguna sin los pies doloridos. Las desesperadas hadas levantaban un pie y luego el otro rápidamente, para tratar de esquivar los fuertes pisotones y realmente parecía que estaban bailando.

- ¡Esto es el baile de la cuerda! –gritaba la muchacha–. ¿No queríais diversión? Pues aquí la tenéis.

Las hadas suplicaban que terminase el juego, pero Judy estaba dispuesta a darles una lección que jamás irían a olvidar. Aunque finalmente sintió lastima de aquellas maliciosas hadas y cesó de darles pisotones. Y la reina de las hadas le dijo:

- Si nos liberas de la cuerda, te dejaremos marchar.

- ¡Sí! Claro que me dejaréis, con mi cántaro lleno de oro y con vuestra promesa de que nunca trataréis de hacer daño a ningún miembro de mi familia.

Las hadas hicieron la promesa y Judy Flanagan las dejó libres. Agradecidas obsequiaron a la muchacha con muchas más riquezas de las que había solicitado y ella les prometió que jamás diría a nadie cuál era el árbol que habitaban.

Así fue cómo Judy Flanagan, la chica más bella sin duda, del Condado de Tipperary a quien el trigo le robó el color de su cabello y el cielo fue a tomar el de sus ojos. Que tenía algunas pecas que con su sonrisa, hacían de su rostro, el más bello y amable que conocieron las gentes de aquel lugar. Logró además que su riqueza estuviera en proporción a su belleza.

Y esta historia es tan cierta como que las hadas existen.

*EL HOMBRE QUE CREYÓ EN LAS HADAS HASTA
EL DÍA EN QUE LLEGÓ A VERLAS*

Había un hombre que creía a pies juntillas en la existencia de las hadas. Cada noche, antes de acostarse, escuchaba unos golpecitos en el cristal de su ventana y entonces la abría un poco y se sentaba cerca.

Poco después empezaba a escuchar las vocecillas de las hadas, hablando entre ellas y después, la más atrevida de todas, se acercaba a la ventana sin dejarse ver y saludaba al morador de la casa, diciéndole:

- ¡Buenas noches Stephen!
- ¡Buenas noches, amiguita! –respondía él–. ¿Acaso habéis venido para que os cante alguna vieja balada irlandesa!
- ¡Eso es!

Entonces, el hombrecillo se ponía a cantar alguna de las baladas que había aprendido desde su niñez y siempre terminaba con la misma, que era la que más gustaba a las hadas:

- Conozco un lago donde frescas rompen las olas;
y suavemente caen en la arena plateada,
y no se entrometen nunca en la calma.
Y ninguna voz salvo la mía, el silencio perturba,
una hermosa montaña,
como un gigante de la edad antigua,
por mágico hechizo convertido en piedra...

Al finalizar, las hadas se despedían amablemente y prometían darle su protección, hasta que volvieran a verse.

A la tarde siguiente, en el bar a donde solía acudir Stephen, contaba su historia de las hadas y de las baladas irlandesas. Lo malo, era que nuestro protagonista pasaba mucho tiempo en aquel lugar y muchas veces acababa borracho. Sus amigos eran sinceros con él y siempre le decían que la aparición de las hadas estaba relacionada con su afición a beber y que aquellos seres mágicos existían tan sólo en su cabeza.

Pero el caso era que en más de una ocasión, algún salteador de caminos que pretendía robarle, había quedado misteriosamente paralizado al llegar junto a él. Cuando lo contaba a sus amigos en el bar, también sentían preocupación por las visiones de su amigo.

También llegó a contar que una noche le acompañaron hasta su casa una manada de lobos inofensivos y que al llegar a casa se dieron la vuelta al tiempo que le decían:

- Buenas noches Stephen.

Cierto día, estando en el bar, los amigos de Stephen le propusieron una forma de descubrir si las hadas se le aparecían o tan sólo vivían en su imaginación. Le dijeron que estuviese unos días sin beber nada de alcohol, a ver si continuaban apareciendo y así podría creerles y aceptar sus consejos, pues pensaban que seguramente no volverían a aparecer.

Stephen estuvo de acuerdo y aquella noche, como tantas otras, escuchó unos golpecitos en el cristal de su ventana, pero en aquella ocasión no fue a abrirla.

Poco después, se abrió sola la ventana y el hombre pensó que habría sido un golpe de viento. Al momento empezó a escuchar las vocecillas de las hadas, hablando entre ellas y después, la más atrevida de todas, como de costumbre, se acercó a la ventana sin dejarse ver y saludó al morador de la casa, diciéndole:

- ¡Buenas noches Stephen!

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

- ¡Buenas noches Stephen! –repitió.

Pero tampoco le respondió. Así que el hada se adelantó un poco hasta dejarse ver junto al marco de la ventana, pues sentía preocupación por su amigo. Después de ella, se acercaron otra docena de hadas que se pusieron a mirarle.

Entonces Stephen se puso a gritarles y a pedirles que se marcharan de su cabeza y de su vida para siempre porque pensaba que la bebida le estaba volviendo loco.

Las pobres hadas, llenas de tristeza, se dieron la vuelta y se marcharon. La más atrevida de todas, todavía estuvo un poco más tiempo. Se acercó a Stephen con lágrimas en los ojos y le besó en los mofletes, para marchar de un vuelo, hasta el marco de la ventana.

Entonces, el hada le pidió que le cantase su balada favorita por última vez y Stephen no pudo resistirse a hacerlo, aunque al acabar, marcharon de aquel lugar para siempre.

Aquel buen hombre dejó de beber. Efectivamente, tal y como le habían dicho sus amigos, cuando dejase de hacerlo, seguramente las hadas también desaparecerían.

Y esta ha sido la historia del hombre que creyó en las hadas hasta el día en que llegó a verlas.

EL PESCADOR Y LA SIRENA

En la desembocadura de la bahía de Galway se encuentra la isla de Inis Mor y allí había un pescador que cuando hacía mala mar y le resultaba imposible salir a faenar con su barca, en muchas ocasiones acudía a una cala cercana a su casa. Un lugar casi inaccesible, pero que le servía para recoger sobre todo, leña que el mar arrastraba y dejaba a su disposición en la playa.

Cierto día eso mismo tenía planeado hacer, mas le ocurrió algo maravilloso. Sobre una roca, halló sentada a una sirena, peinando sus largos cabellos con un peine que lanzaba destellos, pues sin duda debía de ser de oro.

Entonces, comprendió que todas aquellas historias que en su niñez escuchó contar a su abuelo, sobre hadas, gigantes o sirenas, podrían ser incluso ciertas. Aquella magia en la que fue poco a poco dejando de creer con el paso de los años, la recuperaba de golpe y para siempre.

Aunque lo cierto es que el pescador no sabía muy bien hacia dónde mirar, pues la belleza de la sirena era singular. La cola de pez, tal y como había oído contar. El cabello largo y rubio y los pechos, aunque no grandes, ciertamente hermosos. Pero también le atraía, claro está, el valioso peine que portaba. Así que se puso a pensar la manera en poder conseguirlo.

Después de un rato discurrendo, se echó la mano al bolsillo de su pantalón y al encontrar allí algo, se alegró muchísimo.

Después salió de su escondite simulando llorar y sentirse tremendamente desdichado y en alta voz empezó a decir, para que la sirena lo escuchara:

- ¿Qué será de mí? ¿Y qué será de la pobre sirena? ¡Se cumplirá la maldición de Inis Mor; ella morirá muy pronto en el fondo de su mar y yo lo haré también, aquí en tierra firme!

La sirena no llegó a escuchar todo lo que decía el pescador, porque al oírlo aparecer, se escurrió por el agua para estar protegida. Sin embargo quedó intrigada por lo que había empezado a escuchar. Así pues, volvió a asomarse para tratar de saber qué es lo que le ocurría a aquel hombre. Y claro está, que al verla aparecer, volvió a repetir lo que ya había dicho antes:

- ¿Qué será de mí? ¿Y qué será de la pobre sirena? ¡Se cumplirá la maldición de Inis Mor y ella morirá muy pronto en el fondo de su mar y yo lo haré también, aquí en tierra firme!

Entristecida la sirena, se acercó un poco a la orilla y preguntó al pescador:

- ¿Qué es eso de la maldición de Inis Mor y de lo que puede ocurrirnos?
- Mi abuelo... -comenzó el pescador-; mi abuelo que era muy sabio, siempre solía contar la historia de un joven de aquellas islas de Aran, que ya conocía la maldición y se encontró con una sirena. Sabía que si se encontraba con tan maravilloso ser, debía obsequiarle con algo que tuviera valor en tierra pero que para nada le sirviese a la sirena y debía ser

correspondido con un obsequio que poseyera y sirviera a la sirena, pero que no fuese de utilidad para él.

- ¿Y qué ocurrió? –preguntó intrigada la sirena.
- Que nada encontró el joven para darle y nada pudo darle tampoco la sirena.
- ¿Y entonces...?
- La sirena regresó al mar y en muy poco tiempo, las otras sirenas la encontraron muerta. Y el joven tan sólo pudo alcanzar su casa y contar lo sucedido, cuando también cayó muerto.
- ¿Y qué podría tener yo –decía la sirena–, que a ti de nada te sirva?
- ¿Y qué podría tener yo –decía el pescador–, que a ti de nada te sirva en el mar?

Entonces, el astuto pescador echó la mano al bolsillo de la camisa y después a los bolsillos del pantalón, de donde acertó a sacar una moneda de medio penique, tal y como había tramado.

- ¡Eso es! –gritó emocionada la sirena. Esa moneda no tiene ningún valor en el mar. Hemos visto barcos llenos de baúles, repletos de monedas y nunca nos hemos molestado en cogerlas.

Pero después se hizo el silencio entre los dos que conversaban y luego. Con tristeza, fue la sirena quien se puso a hablar.

- Pero... ¿qué podría tener yo que a ti no te sirviese de nada?

El pescador, derrumbado se encogió de hombros y después dijo:

- Supongo que nada; aunque fue maravilloso el conocerte. Creo que esto se acaba.

Entonces se quitó la gorra y se arrodilló, haciendo como que iba a rezar a modo de despedida. Y al ver la sirena que el pescador no tenía ni un solo cabello en su cabeza; gritó emocionada:

- ¡Ya lo tengo!

Y sacando el peine de oro, se lo ofreció diciéndole:

- ¡Toma esto! Pues para nada te sirve a ti.

Y así es como el astuto pescador de Inis Mor logró cambiar un peine de oro por medio penique.

Aunque hay quien cuenta que el pescador sintió tal atracción hacia aquella mujer pez, que le dijo que ya que habían logrado romper la maldición, podrían encontrarse allí, los días de mala mar. Y que así continuaron viéndose hasta que cierto día, el pescador le devolvió su peine disculpándose.

Incluso hay quien cuenta que al devolverle el peine, la sirena se echó a reír y le confesó que jamás se había creído la historia de la estúpida maldición.

THOMAS Ó CADHLA Y LA CUERDA INVISIBLE

Para regresar de su heredad a casa, después de una dura jornada, el campesino Thomas Ó Cadhla siempre pasaba junto al arroyo, donde se refrescaba un poco; en aquel maravilloso lugar repleto de árboles.

Muchas veces le ocurría el mismo incidente y es que las hadas solían divertirse mucho burlándose de él. Casi siempre de la misma manera: dos hadas se escondían en los bordes del camino por donde Thomas pasaría y portando una cuerda mágica invisible, la ponían tirante al paso del campesino, que irremediablemente tropezaba y se daba un buen golpe. Entonces, las hadas escapaban a toda prisa y aquel hombre podía escuchar a lo lejos sus carcajadas y risas.

Con el paso del tiempo se fue acostumbrando a aquellas burlas; pero de un tiempo a esta parte estuvo pensando la forma de dar a las hadas un escarmiento.

Así que cierto día, regresando cerca del arroyo, caminó más despacio, atento y prevenido que otras veces. Así logró observar el movimiento de algunas hojas, en el momento de poner las hadas, la cuerda tirante. Entonces supo dónde se hallaba la cuerda y en vez de tropezar, lo que hizo fue cogerla con las manos y tirar con mucha fuerza de ella; con lo que una de las hadas salió despedida por los aires, del escondite tras los arbustos donde se encontraba. Como quiera que cayó bruscamente contra el suelo, el astuto Thomas pudo atraparla.

La hada, asustada suplicaba que la perdonara y dejara libre; pero el campesino no le hizo caso hasta que recibió la promesa de que con la ayuda del resto de hadas, su campo de trigo quedaría convertido en un campo de espigas de oro.

La hada, aceptó la propuesta de Thomas e hizo promesa de que muy pronto utilizarían la magia en su campo.

Así pues, aquel hombre feliz continuó su camino y en muy poco tiempo fue muy, muy rico. Construyó cerca de su humilde casa una gran mansión y vivió muy holgadamente, aunque quiso conservar su campo de trigo a donde acudía día sí y día también.

Muchas veces regresaba a su mansión por el camino junto al arroyo y muchas veces continuaba tropezando con la cuerda mágica de las hadas; aunque no le importaba demasiado porque en el fondo las estaba muy agradecido.

Un campesino envidioso; extrañado por la gran fortuna amasada por su vecino en muy poco tiempo, acudió a donde Thomas para preguntarle, con la esperanza de conocer el secreto por el que se había hecho rico y así poder hacerse rico él también.

Como quiera que Thomas era en realidad un hombre humilde y no ambicionaba más riquezas de las que ya tenía y nunca pensó en beneficiarse nuevamente de las hadas, no tuvo inconveniente alguno en contarle su historia al campesino ambicioso.

Así pues, aquel hombre marchó atento al arroyo, tal y como le había indicado su vecino y estuvo muy atento para tratar de agarrar la cuerda al tropezar.

Las hadas en realidad, no esperaban a aquel hombre y sí a Thomas; pues hacía tiempo que deseaban que tirase de la cuerda con fuerza. Al notar aquel hombre la cuerda en la pierna; tiró con tanta fuerza de ella, que de haber estado sujeta por alguna hada, la hubiese enviado por los aires con tanta fuerza, que hubiera podido matarse al caer al suelo.

Pero la cuerda estaba en realidad atada a un enorme árbol que estaba casi talado e hizo tanta fuerza que el árbol se precipitó sobre el lugar donde se encontraba el campesino.

Fue la venganza que habían preparado las hadas para castigar a Thomas Ó Cadhla y así es cómo salvó la vida, por no ser ambicioso y así es como la envidia y la ambición acabaron con la vida de su vecino.

Desde entonces, nuestro amigo fue más prudente y dejó de frecuentar aquel camino junto al arroyo donde las hadas acostumbraban a hacer de las suyas.

Si alguna vez tropiezas en el bosque y no aciertas a saber con qué, es probable que te halles muy cerca de las hadas y tal vez puedas verlas o escucharlas.

EL ZAPATERO Y EL REY

Cuentan que hubo un rey, que al enterarse que su hija princesa se veía a escondidas con el hijo de un zapatero, decidió acabar con aquella relación para siempre y mandar muy lejos a toda la familia del zapatero.

Y pensando y pensando, pensando y pensando; pensando mucho porque a los reyes no se les da bien pensar; pues no se le ocurrió nada y tuvo que pedir ayuda a sus consejeros pues alcanzó a darse cuenta de que se les llamaría consejeros porque seguramente sabrían aconsejar.

Y aconsejado por sus consejeros acudió a donde el zapatero para hacerle un encargo, pero claro que no iría a ser un encargo cualquiera, sino uno que no pudiera lograr hacer. Y así le dijo:

- Toma estas dos monedas de oro, pues mañana celebramos una fiesta en el castillo y acudirán importantes reyes y reinas. Quiero que prepares unos zapatos de oro para la princesa y que le queden perfectamente. Si no eres capaz de hacerlo, tendrás que abandonar el país para siempre con tu familia y todo cuanto tienes, pasará a ser posesión mía. Si lo logras, recibirás un baúl lleno de oro y además, permitiré que tu hijo se case con la princesa.

El zapatero nada dijo, pues sabía por qué el malvado rey quería alejarles de allí. Tan sólo tenía una noche para fabricar unos zapatos de oro para la princesa y tan sólo había recibido dos monedas de oro.

Se acordó entonces de las hadas de las que tantas historias escuchó en la niñez y pensó que si no le ayudaban ellas, no podría conseguirlo. Así que se acercó a la ventana y la abrió. Después llamó a las hadas pidiendo su ayuda. Llamaba y llamaba pero nadie le respondía. Se imaginaba a las diminutas hadas, con sus cuerpecitos, vestiditos y zapatitos, pero parecía que las hadas no irían a aparecer aquel día.

Se cumplía el plazo y ya todo el mundo disfrutaba de la fiesta, cuando inesperadamente, el zapatero se presentó en el castillo junto a su hijo. Portando un pequeño cofre, del tamaño... ¿de qué tamaño?, pues del de un par de zapatos.

El rey no podía creerse lo que estaba ocurriendo y tuvo que permitir que padre e hijo se acercaran al lugar donde él se encontraba y en cuanto tuvieron oportunidad de hablar, dirigiéndose a todos lo allí presentes; reinas y reyes importantes, el zapatero fue a decir:

- Ayer, nuestro honorable monarca, enterado de que mi hijo y la princesa se veían con frecuencia, acudió a donde mí a hacerme un encargo. El muy honrado me pagó de antemano con dos monedas de oro, por un par de zapatos. Pero no me pidió unos zapatos cualesquiera y no me dio un plazo cualquiera. Debían de estar hechos en unas pocas horas, debían de ser además de oro y quedarle perfectamente a la princesa. Si no lograba hacerlo, debería marcharme con mi familia para siempre del país, por no cumplir su trato y se apropiaría de todas nuestras posesiones. Éste es el rey que nos ha tocado y sepan todos cómo es en realidad.

Todos los presentes se quedaron de piedra con lo que acababan de escuchar, pero pidieron que continuara hablando.

- Entonces, pensé que era una empresa imposible. Pero después me acordé de las historias de hadas que escuché en mi niñez.

Hubo un gran sobresalto en la sala, pues todos pensaron que habría sido ayudado el zapatero por las mismísimas hadas. Quedaron pues maravillados y el hombre continuó su relato:

- Me acerque pues a la ventana y la abrí. Después empecé a llamar a las hadas una y otra vez y me las imaginaba con su cuerpecito y con sus vestiditos y zapatitos. Y pensando y pensando y llamando y llamando a las hadas, se me ocurrió una idea, así que puedo decir que fue gracias a las hadas que haya podido cumplir el encargo de nuestro querido rey. Debía preparar unos zapatos de oro que le quedasen a la perfección a la princesa y aquí están, en este cofre.

Todos estaban maravillados con lo que relataba el zapatero. Que entonces abrió el cofre y sacó un par de pendientes con forma de diminuto zapato, al tiempo que decía:

- ¿Y qué hice? Pues fui a donde mi amigo el orfebre y le ofrecí una moneda de oro a cambio de que me ayudase a construir con el oro fundido de la otra moneda, estos maravillosos pendientes, que logramos terminar justo a tiempo.

Todos en el lugar quedaron maravillados pues en la vida había visto ni oído una historia tan fascinante como aquella que estaban presenciando.

- Ahora –continuó el zapatero–; mi hijo probará los pendientes a la princesa y si los presentes creen que le quedan perfectamente, el rey deberá cumplir su trato y además de entregarme un baúl lleno de oro; tendrá que permitir que la princesa, si así lo desea, pueda casarse con mi hijo.

El joven se acercó a la emocionada princesa y con mucha suavidad le colocó los pendientes. En cuanto lo hizo y la vieron lucirlos, todo el mundo rompió en aplausos y vítores.

Muy pronto se casaron y fueron muy felices. El zapatero y su familia, vivieron muy prósperamente, recordando siempre que fue gracias a las hadas, que lograron cumplir el encargo del rey y cambiar su destino para siempre.

LA VISITA DE LAS HADAS

En el pueblo de Belclare, condado de Galway estaban francamente preocupados, pues estaban sucediendo cosas extrañas. Ciara Sheridan estuvo mucho tiempo sin querer salir de su casa, presa del miedo. Pues una noche escuchó ruidos y subió a ver cómo se encontraba su pequeña Caitlín y la encontró perfectamente, sólo que la ventana estaba abierta y su cuna no estaba en su lugar habitual, sino junto a la ventana.

Otras muchas circunstancias hacían creer a los habitantes de Belclare, que las hadas estaban penetrando en sus casas y por eso sentían miedo y tomaban todo tipo de precauciones. No faltaba habitación en la que no hubiese una Biblia, colocaban pan en la mesa y sal por algunas partes. Y para dormir, siempre colocaban los zapatos con la punta hacia fuera de la cama.

Lian Sheridan era un hombre bueno como el pan, pero miedoso como un niño pequeño y muchas veces era el blanco perfecto para las burlas y los chistes fáciles en el pueblo. Por eso cuando relató en la taberna su terrible miedo hacia las hadas, sus amigos vieron la oportunidad perfecta para hacerle una buena jugada.

- Lo que tienes que hacer, amigo –le dijo uno. Es poner protecciones por toda la casa y así no se atreverán a entrar.
- ¿Y cómo puedo protegerme, pues? –preguntó Lian.
- Es importante que dejes pastas en la mesa y si puedes, también miel –dijo uno.

- También debes dejar un libro de cuentos irlandeses o algo así, porque las hadas detestan escuchar historias –dijo otro.
- El azúcar es bueno también porque las espanta –dijo otro.
- ¡Ah! –empezó uno–; también es importante que al ir a dormir, dejes los zapatos con la punta hacia dentro de la cama, así no se acercarán a ti.
- ¡Ah! –dijo otro. Es importante dejar la ventana un poco abierta, pues las hadas se huelen que es una trampa y escapan rápidamente.

Lian Sheridan marchó más tranquilo a casa y en cuanto llegó, siguió al pie de la letra todas y cada una de las recomendaciones que le habían dado en la taberna.

Por la noche, las hadas bajaron de Knockma y trataron de entrar en la primera de las casas del pueblo, pero no pudieron porque estaba bien protegida, lo mismo en la segunda, la tercera y en el resto. Cuando se acercaron a casa de Lian, cuál su sorpresa, al encontrarse la ventana ligeramente abierta. Penetraron y mayor sorpresa aún pues hallaron un libro con viejos cuentos y disfrutaron muchísimo leyendo y escuchando aquellas historias.

Después fueron a la cocina y hallaron encima de la mesa todo cuanto necesitaban para darse un gran banquete, azúcar, pastas, leche y miel. Las hadas estaban maravilladas con la fabulosa hospitalidad que le habían dado en aquella casa. Así que salieron volando por la ventana y regresaron al instante con una moneda de oro cada una. Se acercaron a su cama y observaron el detalle de los zapatos colocados hacia el interior de la cama, para no asustarlas.

Despertaron suavemente al bueno de Lian, que no tuvo tiempo ni de asustarse. Porque vio cómo las hadas, una por una le dejaba una moneda de oro sobre la cama, quedando cubierto como por un manto de oro y además, le dieron las gracias. La última de las hadas le dio un beso en la mejilla al tiempo que le decía:

- ¡Volveremos a vernos Lian Sheridan!

Cuando Lian llegó a la taberna, a modo de burla le preguntaron qué tal con las hadas y entonces él les contó su historia y les dijo que ya no sentía ningún miedo.

Los graciosos de Belclare se estuvieron lamentando toda su vida de aquello, pues por más que intentaron hacer lo mismo que había hecho Lian, las hadas ya sabían que sólo podían fiarse de él.

EL CAMPESINO Y LAS HADAS

En cierta ocasión, un mercader transportaba sacos de sal a Dublín, cuando tras pasar por un bache en el camino, se le fue a rajarse uno de los sacos y fue a derramarse toda la sal que contenía. ¡Menudo desastre! La mayor catástrofe ocurrida en aquel lugar.

¿Y os preguntaréis por qué? Pues tan sólo era un saco de sal, ¿verdad?

Pues fue un auténtico desastre porque la sal espanta a las hadas y aquello había sucedido muy cerca del cerro donde desde siempre se habían reunido y al regresar de su ronda, fueron a darse cuenta de que no había forma de acercarse al lugar más importante que existía para ellas.

Ante aquella situación, se reunieron e hicieron corro para deliberar y pronto acertaron al pensar que seguramente aquello se debía a que a alguien se le habría ido a caer sal en el camino y por eso les resultaba imposible acceder a la colina donde se hallaba el corro de las hadas.

¿Y cómo podrían retirar la sal? Pues ellas no podían hacerlo.

- Necesitamos la ayuda de algún humano –dijo una.
- ¿Humano? –preguntó otra-. Cómo nos vamos a fiar de unos seres que no se fían ni de los de su propia especie
- Tampoco encontraremos ninguno que vaya a fiarse de nosotras –dijo otra.

- Entonces... -dijo la primera-; jamás regresaremos a nuestro cerro de hadas.
- ¡Ohhh! -exclamaron entonces las hadas, llenas de tristeza.

Y finalmente decidieron acercarse por la noche a un cercano pueblo y espiar a los humanos con el fin de hallar uno del que poder fiarse y a quien poder pedir ayuda.

Y así fueron visitando una por una y otra por otra, todas y cada una de las casas del pueblo, pero nadie les transmitía suficiente confianza como para poner en sus manos algo tan importante. Así, hasta que llegaron a una de las pocas casas que les quedaba por visitar. Allí vivía un matrimonio de campesinos con cinco hijos pequeños.

Atónitas las hadas quedaron, pues justo en el momento de llegar, alcanzaron a escuchar cómo la madre contaba un cuento a sus hijos pequeños, donde las hadas compensaban una buena acción de un humano y el humano siempre las iba a estar agradecido. Al terminar de contar la historia, todos los niños besaron a los padres y marcharon obedientemente a dormir.

Entonces, las hadas decidieron que tan sólo podían fiarse de aquellas gentes y debían de arriesgarse aunque sabían que todo podía salir mal porque era muy peligroso que los humanos conocieran el mágico lugar donde acostumbraban a reunirse y hacer sus danzas y fiestas.

Cuando los esposos se encontraban ya tumbados en la cama, todas las hadas se acercaron a la ventana y la golpearon. El hombre y la mujer, entonces se incorporaron para observar quién golpeaba el cristal y cuál su sorpresa al ver el tropel de hadas allí observándoles. Al principio creyeron

que se trataba de un sueño; pero al darse la mano, comprendieron que aquel tacto sólo podía tenerse despierto.

Las hadas entonces entraron en la habitación y rodeando la cama relataron lo que les ocurría y pidieron al campesino que les ayudara a limpiar totalmente el camino, junto a su cerro de hadas y que si así lo hacía, sería recompensado.

El campesino les pidió que le dieran de plazo hasta la mañana, porque debía de pensarlo bien. Y las hadas marcharon esperanzadas.

Sin embargo, la mujer del campesino estaba muy asustada y trató de disuadirle, pues si bien, conocían algún suceso donde las hadas compensaban con gratitud a quien les ayudaba; más historias aún había en donde las hadas se divertían engañando y castigando a los humanos o gastándoles bromas pesadas. Muchas desgracias habían sido sin duda atribuidas a las hadas por aquellos parajes.

Apenas pudo dormir el campesino meditando aquello; pero finalmente, sin hacer ningún ruido, se levantó al amanecer y con escoba, pala, carretilla y unos saquitos, se dirigió hacia el cerro de las hadas.

Al llegar pudo comprobar la difícil tarea que le esperaba y lo complicado que iba a resultar realizarla. Enseguida comprendió además, que dedicar todo aquel tiempo a esa labor, iba a perjudicar mucho en su recolecta de la cosecha, que debía de empezar también.

Sin embargo, se puso manos a la obra y al anochecer, después de un gran esfuerzo, las hadas le comunicaron que aún debía de quedar bastante sal porque no lograban acercarse a aquel lugar.

Y al día siguiente ocurrió igual y lo mismo otro día y uno más. Así, hasta que al acabar el séptimo día, las hadas lograron llegar al cerro y el campesino estuvo allí, junto a ellas.

Al ir a marchar, se le acercó la reina de las hadas y le dijo:

- Siempre te estaremos agradecidas las hadas por lo que has hecho. Por eso te ofrecemos este obsequio.

Y le dieron una pequeña cajita, al tiempo que le decían:

- Esta es una caja mágica que contiene una moneda de oro. Pero cada vez que la abras, hallarás otra moneda más. Eso sí, recuerda que no puedes mirar su interior hasta que amanezca mañana. Si no, se romperá el hechizo, la caja perderá su poder y no lograrás una moneda más, cada vez que la abras.

Agradecido el hombre se marchó, pero entonces empezó a recordar cuántas veces le había advertido su mujer de los engaños, trampas y malicias con que actuaban las hadas. Siempre le había dicho que tuviera mucho cuidado con ellas. Además, sentía inmensa curiosidad por saber si realmente era mágica la caja o no y finalmente no pudo resistirlo y acabó abriéndola. ¡Qué pena!

Luego continuó su camino hacia casa y cuál su alegría y sorpresa al encontrarse con que las hadas habían recogido toda su cosecha.

Al entrar en casa, guardó la cajita en un armario y al amanecer, la cogió y la abrió. ¿Y ya saben lo que había ocurrido, verdad?

¡Pues no! Porque las hadas le dijeron al campesino que si miraba antes del amanecer en el interior de la cajita, ésta perdería su magia y quedaría roto el hechizo. Pero el campesino, ¿qué hizo cuándo las hadas le obsequiaron la caja? La cogió en sus manos y la agitó. Así pudo escuchar el golpear de la moneda contra las paredes de madera de la caja. Después abrió la caja una vez, pero con los ojos bien cerrados. Al cerrarla de nuevo volvió a agitarla y así pudo comprobar que en su interior había más de una moneda, porque el sonido metálico que se escuchaba, era sin duda el de dos monedas que golpeaban entre sí.

Así de astuto fue el campesino que logró descubrir que las hadas no le engañaban sin romper el hechizo de la caja mágica.

CUÉNTAME UNA HISTORIA MARAVILLOSA

Al viejo bar cercano al puerto solían llegar muchos contadores de historias, porque allí acudía gente que apreciaba mucho lo que narraban aquellas gentes y siempre estaban dispuestos a dar una buena propina. Hugh Ó Duiirlaga acudía por otros motivos. Casi desde que llegaba con sus amigos, hasta que marchaba, parecía quedar como hechizado, con la mirada siempre perdida y puesta en la hermosa hija del dueño, Kathleen.

Pero lástima que su interés no era compartido por la muchacha, que si bien era la más bella de aquel pueblecito costero, para Hugh era sin duda la mujer más bella de Irlanda y como quiera que fuera de Irlanda, no había nada que levantase su interés, no debía de haber mujer tan bella en todo el mundo.

Aquel día se escucharon magníficas historias. Había cierto pique, por quién contaba la historia más bella y al terminar uno de los contadores, después de recibir numerosos aplausos, relató que por contar aquella historia había recibido incluso alguna moneda de plata.

Entonces, uno de los amigos de Hugh, alzó la voz diciendo que su amigo podría contar historias que se pagasen con oro.

- ¿Verdad Hugh Ó Duiirlaga? –dijo.

Entonces Hugh, que no sabía en realidad de qué estaban hablando porque observaba embobado la figura de Kathleen, por instinto dijo que sí.

Lo que fue motivo de burla de todos los allí presentes, que se reían sin parar del pobre joven, sin saber él ni tan siquiera por qué lo hacían.

Kathleen también fue testigo de lo ocurrido y por una parte el pobre Hugh se alegró, porque al menos, la muchacha le había sonreído.

Cuando iban a marcharse, Hugh estaba decidido a pedirle si deseaba dar un paseo, lo mismo que llevaba intentando hacer desde hacía varios años, pero que al final no se atrevía. Al menos se atrevió a decir, adiós. Pero entonces, cuál su sorpresa, cuando fue Kathleen quien se dirigió a él muy amistosamente y le pidió que la esperara un poco para acompañarla a casa.

A Ó Duierlaga le costó un poco reaccionar, pero finalmente logró decir que sí.

Salieron pues del bar y caminaron hacia la playa y allí Kathleen le ofreció la mano, que tímidamente cogió su acompañante. Después ya cerca de la orilla, ella le dijo:

- ¡Cuéntame una historia maravillosa! Una historia de esas que dicen tus amigos que pagaría con oro quien la escuchase. Yo no tengo oro pero...

Y al tiempo que decía eso, se desabrochó un par de botones de la blusa.

Entonces Hugh se quedó en blanco. Empezó a atar cabos y entonces lo relacionó todo. Las burlas en el bar, la cita con Kathleen y ahora aquella petición. Y el pobre no consiguió articular palabra.

Después de unos instantes, Kathleen volvió a pedirle que le contara alguna de sus historias, esta vez ya un poco más alterada. Pero él continuó como hechizado.

Entonces la muchacha se abrochó nuevamente la blusa y enfadada le dijo:

- El día que te decidas a contarme tus historias y me muestres el oro que te dan cuando las cuentas, puedes venir a buscarme y si lo deseas, me casaré contigo.

Hugh quedó como tantas otras veces, sumido en la tristeza, observando la figura de la hermosa Kathleen, aquella mujer que acababa de tener tan cerca, alejándose de él, seguramente para siempre y perdiéndose a lo lejos, al tiempo que la tarde empezaba a oscurecerse.

Al poco tiempo, escuchó Hugh unos gritos junto a las rocas de la orilla. Había fuerte oleaje y se acercó rápidamente para saber qué era lo que ocurría. ¿Y allí qué se encontró? Pues se encontró con una sirena atrapada entre las rocas, que no lograba salir y estaba recibiendo golpes contra las rocas. Le cogió de las manos y tiró con fuerza y volvió a tirar, pero era inútil, parecía como si un gigante estuviera estirando del otro lado y si lograba sacarla, sería rompiéndola.

Arriesgando su vida se arrojó al mar, para tratar de sacarla estirando hacia el otro lado y cuál su sorpresa al encontrarse de pronto rodeado de sirenas, que precisamente eran quienes habían impedido que pudiera sacarla hacia el exterior.

Lo agarraron bien y el pobre Ó Duiarlaga apenas puso resistencia pues sabía que aquel era su final. Si hubiera sabido lo que le iba ocurrir,

se lo hubiese contado a Kathleen y hubiera disfrutado del mejor momento de su vida, aunque la muerte le aguardara minutos después.

Sin embargo, las sirenas lo llevaron a una cueva que sólo tenía acceso desde el mar y por eso Hugh no la conocía. Lo sacaron a la superficie y rodearon al visitante. La reina de las sirenas entonces le dijo que les habían escuchado en la playa y entonces le dijo:

- ¡Cuéntame una historia maravillosa! Una historia de esas historias que pagaría con oro quien las escuchase.

Y como quiera que no se le ocurría nada que decir, acabó contando su propia historia:

“Esta es la historia de un joven soñador que estaba profundamente enamorado, desde la niñez, de la dama más bella de Irlanda, pero ésta no se fijaba ni lo más mínimo en él, hasta que por error creyó que era un gran contador de historias y de haberlo sido, hubiera podido enamorarla, pero al descubrir que apenas se atrevía a hablar con ella, pues menos aún iría a contar aquellas historias maravillosas y si no lo hacía y lograba que el que las escuchase le pagara con oro, pues no se casaría con él. Y ocurrió que un grupo de maravillosas sirenas secuestró al joven pensando que era un gran contador de historias, tanto que lo que contaba valía oro. Y cuando le pidieron que les contase una, tan sólo pudo contarles lo que le había ocurrido. Las sirenas sintieron lástima por él y de alguna forma sí que les pareció maravillosa su historia. Entonces, le obsequiaron con algunas monedas de oro y lo llevaron sano y salvo a la playa de donde se lo habían llevado. Aquel hombre marchó a buscar a Kathleen y le pidió que le acompañara a dar un paseo y cuando estuvieron en la playa, le contó una historia maravillosa de sirenas que secuestran y que dan propinas a humanos por contar

historias maravillosas. Pronto se casaron y fueron muy felices y siempre estuvo Ó Duielaga muy agradecido a aquellas sirenas y las llevó para siempre en su corazón”.

Las sirenas, al escucharle terminar la historia, estaban emocionadas y a alguna de ellas incluso se le escapaban las lágrimas por lo bella que había sido la historia.

Por eso le obsequiaron con muchas monedas de oro y otros objetos preciosos y lo llevaron hasta la playa sano y salvo. Y lo que ocurrió después, creo que ya se lo he contado.

ÍNDICE

Presentación- Página 7

Parte primera: Leyendas irlandesas de hadas – página 11

LA MÚSICA DE LAS HADAS – página 13

LA DANZA DE LAS HADAS – página 14

LA JUSTICIA DE LAS HADAS – página 17

LA PRUEBA DEL FUEGO – página 19

LA VENGANZA DE LAS HADAS – página 22

EL MÉDICO Y LA PRINCESA DE LAS HADAS – página 26

SHAUN-MOR, UNA LEYENDA DE INNIS-SARK – página 30

LA RAZA DE LAS HADAS – página 34

EL NIÑO DE LAS HADAS – página 37

ETHNA, LA NOVIA – página 43

Parte segunda: Cuentos de las hadas irlandesas – página 49

JOHN FLYNN Y LAS HADAS IRLANDESAS –página 51

SEÁN Ó DÁLAIGH Y LAS HADAS – página 54

JUDY FLANAGAN – página 58

EL HOMBRE QUE CREYÓ EN LAS HADAS HASTA EL DÍA

EN QUE LLEGÓ A VERLAS – página 62

EL PESCADOR Y LA SIRENA – página 66

THOMAS Ó CADHLA Y LA CUERDA INVISIBLE – página 70

EL ZAPATERO Y EL REY – página 73

LA VISITA DE LAS HADAS – página 77

EL CAMPESINO Y LAS HADAS –página 80

CUÉNTAME UNA HISTORIA MARAVILLOSA – página 85

Índice – página 91

Otros títulos publicados: página 93

TÍTULOS PUBLICADOS

Todos los libros de la colección pueden descargarse gratuitamente en el Blog de la Biblioteca de las Grandes Naciones.

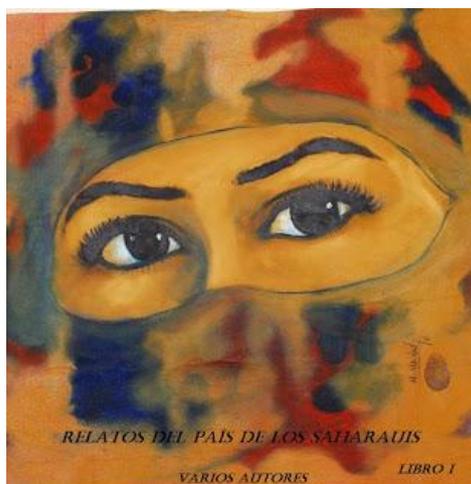
CUENTOS TRADICIONALES SAHARAUIS



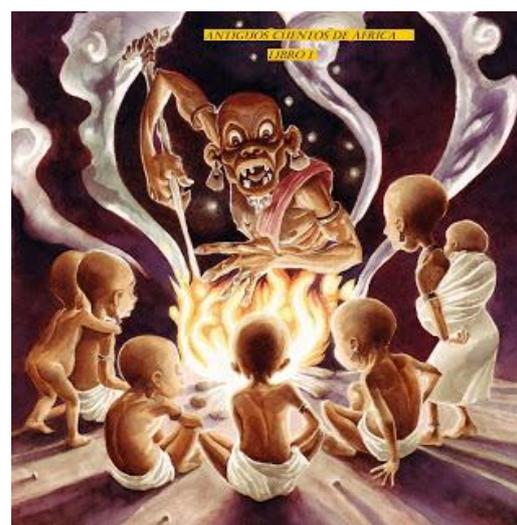
MIL Y UN POEMAS SAHARAUIS



RELATOS DE PAÍS DE LOS SAHARAUIS



ANTIGUOS CUENTOS DE ÁFRICA



CUENTOS Y LEYENDAS DE
ZUGARRAMURDI



XANA



CUENTOS DE ESCOCIA



TRASGU

